

Huellas de viejos caminantes

ANTOLOGÍA, CUENTO Y POESÍA

Ida Bayetto Medina
Alberto Hidalgo Pallete
Línder López Cruzado
Enrique Macher Ostolaza
Guillermo Olivos Olguín
Dora Paredes Sarango
Gabriela Sibille Chiong
Raquel Soto De Los Reyes



 **FONDO
EDITORIAL
COMUNICACIONAL**

Huellas de viejos caminantes

*Cuentos y poesías
Antología de escritores*

Taller de Literatura del
Colegio Médico del Perú-
CAM EsSalud

Huellas de viejos caminantes

*Cuentos y poesías
Antología de escritores*

Taller de Literatura del
Colegio Médico del Perú-
CAM EsSalud

Ida Bayetto Medina
Alberto Hidalgo Pallete
Línder López Cruzado
Enrique Macher Ostolaza
Guillermo Olivos Olguín
Dora Paredes Sarango
Gabriela Sibille Chiong
Raquel Soto De los Reyes



Huellas de viejos caminantes

Cuentos y poesías

Antología de Escritores

Taller de Literatura del
Colegio Médico del Perú-
CAM EsSalud

Autores

Ida Bayetto Medina
Albero Hidalgo Pallete
Linder López Cruzado
Enrique Macher Ostolaza
Guillermo Olivos Olguín
Dora Paredes Sarango
Gabriela Sibille Chiong
Raquel Soto De Los Reyes

Editado por:

Fondo Editorial Comunicacional
Colegio Médico del Perú
Malecón de la Reserva 791,
Miraflores. Lima, Perú
Telef. 213-1400



1.ª edición
Octubre de 2023

HECHO EL DEPÓSITO LEGAL EN
LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ N.º 2023-11413.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra protegida por los derechos de propiedad intelectual, o su uso en cualquier forma, o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos fotocopiado, grabación, transmisión o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de los propietarios del copyright.

Texto de contraportada: Raquel Soto De Los Reyes

Asesoría editorial

REP S.A.C.
Miguel de Cervantes 485-502, San Isidro
jcandiotti@revistasespecializadas.com
999-65 85 31



Revistas Especializadas Peruanas

Impresión

Octubre de 2023
Talleres gráficos de REP S.A.C.
Emilio Althaus 355, Lima 14, Perú
999-658531

COMITÉ EJECUTIVO NACIONAL PERÍODO 2022-2024



- Decano
 - Vicedecano
 - Secretaria del Interior
 - Secretario del Exterior
 - Tesorero
 - Vocales
- Accesitarias
- Dr. José Raúl Urquiza Aréstegui
 - Dr. Alfredo Alonso Celis López
 - Dra. Wilda Cecilia Silva Rojas
 - Dr. Víctor Leonel Llaca Saravia
 - Dr. Wilder Alberto Díaz Correa
 - Dr. Herminio Renán Hernández Díaz
 - Dra. Amelia Cerrate Ángeles
 - Dr. César Augusto Portella Díaz
 - Dr. Leslie Marcial Soto Arquínigo
 - Dra. Celia Betzabet Moisés Alfaro
 - Dra. Milagros Dalila Sánchez Torrejón

DECANOS DE LOS CONSEJOS REGIONALES DEL COLEGIO MÉDICO DEL PERÚ

- Decana Regional I - Trujillo
 - Decano Regional II - Iquitos
 - Decano Regional III - Lima
 - Decana Regional IV - Huancayo
 - Decano Regional V - Arequipa
 - Decana Regional VI - Cusco
 - Decano Regional VII - Piura
 - Decano Regional VIII - Chiclayo
 - Decano Regional IX - Ica
 - Decano Regional X - Huánuco
 - Decano Regional XI - Huaraz
 - Decano Regional XII - Tacna
 - Decano Regional XIII - Pucallpa
 - Decano Regional XIV - Puno
 - Decano Regional XV - San Martín
 - Decano Regional XVI - Ayacucho
 - Decana Regional XVII - Cajamarca
 - Decano Regional XVIII - Callao
 - Decano Regional XIX - Chimbote
 - Decano Regional XX - Pasco
 - Decano Regional XXI - Moquegua
 - Decano Regional XXII - Abancay
 - Decana Regional XXIII - Tumbes
 - Decano Regional XXIV - Huancavelica
 - Decano Regional XXV - Amazonas
 - Decano Regional XXVI - Madre de Dios
 - Decano Regional XXVII - Lima Provincias
- Dra. Elena Victoria Ríos de Edwards
 - Dr. Miguel Ángel Pinedo Saboya
 - Dr. Ildauro Aguirre Sosa
 - Dra. Armida Concepción Rojas Dávila de Izaguirre
 - Dr. Antony Gustavo Tohalino Meza
 - Dra. Eliana Janette Ojeda Lazo
 - Dr. Christian Yuri Requena Palacios
 - Dr. Ronald Jimmy Agüero Acuña
 - Dr. Luis Felipe Muñante Aparcana
 - Dr. Andrei Alekseevich Kochubei Hurtado
 - Dr. Alberto Fernando Del Valle Espejo
 - Dr. Jorge Eliseo López Claros
 - Dr. Carlos Abelardo Morales Hernández
 - Dr. Carlos Alberto Neira Ortega
 - Dr. Efraín Salazar Tito
 - Dr. Waldo Franz López Gutiérrez
 - Dra. Patricia Isabel Ocampo Quito
 - Dr. Luis Alberto Ortiz Pilco
 - Dr. Carlos Humberto Quiroz Urquiza
 - Dr. Manuel Alejandro Pomazono Goyas
 - Dr. Giancarlo Urquiza Pereira
 - Dr. José Luis Osorio Ticona
 - Dra. Lourdes Liliana Feijóo Oyola
 - Dr. Lino Elmer Rodríguez Julcamayán
 - Dr. Jorge Arturo La Torre y Jiménez
 - Dr. Elard Arturo Castor Cáceres
 - Dr. Juan Carlos Nicho Virú



Dr. OSCAR PAMO REYNA

Director del FEC

Médico internista, Hospital Nacional Arzobispo Loayza

Universidad Peruana Cayetano Heredia

Académico de número, Academia Nacional de Medicina

Dr. JORGE GONZÁLEZ MENDOZA

Secretario del FEC

Médico infectólogo

Moderador, Programa para la Monitorización de Enfermedades

Emergentes (ProMED) Sociedad Internacional de Enfermedades Infecciosas

Dr. CIRO MAGUIÑA VARGAS

Miembro del FEC

Médico infectólogo tropicalista dermatólogo

Univesidad Peruana Cayetano Heredia

Académico de número, Academia Nacional de Medicina

Dr. RICARDO IVÁN ÁLVAREZ CARRASCO

Miembro del FEC

Instituto Nacional Materno Perinatal

Asociación Médica Peruana de Patología Clínica

Academia Panamericana de Historia de la Medicina

Asociación de Historia de la Medicina Peruana

Dr. ALBERTO EMILIO ZOLEZZI FRANCIS

Director del Comité Editorial de la Revista Acta Médica Peruana

Miembro del FEC

Médico gastroenterólogo

Hospital Nacional María Auxiliadora

Univesidad Ricardo Palma

Dr. HORACIO VARGAS MURGA

Miembro del FEC

Médico psiquiatra

Docente principal de la UPCH

Instituto Nacional de Salud Mental Honorio Delgado - Hideyo Noguchi

Presentación del CMP

El Fondo Editorial Comunicacional del CMP (FEC) tiene la satisfacción de presentar esta importante publicación de los doctores Alberto Hidalgo Pallete, Linder López Cruzado, Enrique Macher Ostolaza, Guillermo Olivos Olguín y Raquel Soto De los Reyes y las señoras Ida Bayetto Medina (madre de médico), Dora Paredes Sarango (madre de médico) y Gabriela Sibille Chiong (esposa de médico), miembros del Taller de Literatura del Colegio Médico del Perú, CAM EsSalud.

Esta valiosa recopilación de cuentos y poemas, titulada Huellas de viejos caminantes, CUENTOS Y POESÍAS, ANTOLOGÍA DE ESCRITORES, cuenta con el auspicio editorial y el financiamiento del FEC y el CMP.

La presente antología permite conocer la vena literaria, en los géneros del cuento y la poesía, de nuestros colegas mayores, y la labor encomiable que desarrolla el Taller de Literatura del CMP.

El CMP se siente complacido de publicar a través del FEC esta obra, que no solo revela un gran esfuerzo de los autores por publicarlo, sino que se constituye una fuente de inspiración para los miembros de la orden médica.

Raúl Urquiza Aréstegui
Decano nacional
Colegio Médico del Perú

Oscar Pamo Reyna
Director
Fondo Editorial Comunicacional

Agradecimientos

- Al Colegio Médico del Perú (CMP),
por estar siempre presente en defensa de nuestros derechos, en las horas de dolor y en las de alegría.
- A la Seguridad Social del Perú, EsSalud,
por su constante soporte y aliento.
- Al Centro del Adulto Mayor (CAM) del CMP,
por dar voz a la experiencia y, tal vez, a la sabiduría.
- Al licenciado Juan Carlos Ríos Moreno,
por su paciente y erudita enseñanza.

*De los diversos instrumentos del hombre,
el más asombroso es, sin duda, el libro.
Los demás son extensiones de su cuerpo.
El microscopio, el telescopio,
son extensiones de su vista;
el teléfono es extensión de la voz;
luego, tenemos el arado y la espada,
extensiones de su brazo.
Pero el libro es otra cosa:
el libro es una extensión de la memoria
y de la imaginación.*

Jorge Luis Borges
(1899-1986)
En: *El libro*

Contenido

Ida Bayeto de Medina	13
• Heroína de guardapolvo blanco	15
• Las tardes lluviosas de abril	17
• Batallón Perú	19
• Mira mis manos	21
• Mi padre fue mi árbol	25
• Soledad	27
Alberto Hidalgo Pallete	31
• Tarde de toros	33
• Los niños del Olimpo	37
• El cardenal y el niño	39
• La madre	41
• Cuento navideño	43
• Un año perdido	45
Linder López Cruzado	47
• El médico negado	49
• El negrito	55
• Un adiós sin adiós	59
• Canarios extraviados	61
• Nos amamos	65
Enrique Macher Ostolaza	67
• Bufeos	69
• Un viaje quinceañero	71
• Los bocinazos	81
Guillermo Olivos Olguín	85
• La muñeca de trapo	87
• Mi madre y sus recuerdos	91
• Mi madre ausente	97
• Soliloquio	101

Dora Paredes Sarango	103
• Mi tío Pedro	105
• Los caminos de Santiago	109
• Un cuento triste	111
• Nuestra casa	113
• Los viejos	115
• Los ojos de mi madre	117
• Primavera	119
Gabriela Sibille Chiong	121
• Lo que me trajo el río	123
• Santos Cándido	127
• La buganvilla y el jazmín	131
• Pequeña Quijote	133
• A mi madre	135
Raquel Soto De Los Reyes	137
• La dama de Nácar	139
• La ramita de perejil	143
• Jacinta y sus siete polleras	145
• Los niñitos de Fajardo	149
• A Víctor Incañaua y otros niños	151
• Frente al retrato de mi padre	153
• Estampas en la cocina	155
• Soneto imperfecto a mamá	157
• Siempre te amaría	159

HUELLAS

Ida Bayetto Medina

*Dedico este trabajo a mi amada hija por motivarme para escribir,
por impulsarme, y, sobre todo, por su paciente escucha.*

*Quien es la vez;
Mi hija, porque puedo enseñarle la vida,
Mi hermana, porque es mi confidente,
Mi madre, porque puedo llorar en su regazo*

*Dedico también, al guarda que me acompaña,
del que siento sus pasos detrás cuando camino.
Por su asistencia encubierta cuando tengo miedo y,
por su presencia calma, en mis días y noches.*

Heroína de guardapolvo blanco

En el frente de batalla, enhiesta,
enarbolabas la bandera de la vida.
Ante el implacable avance del enemigo
Y del frenético clamor de auxilio
brindabas tus manos diligentes.

Entonces, abatida, te derrumbaste.
Te levantaron a una camilla improvisada
en espera, en un frío pasadizo.
Ayer médico. Hoy, paciente,
vulnerable, con la voz quebrada,
al ser, incierto el curso del invasor,
y lejanos los horizontes de la ciencia,
te entregaste a las manos de Dios,
y de otro médico hermano.

En las más oscuras horas
del estrago de la entraña,
clamaste por un poco de aire
para seguir luchando
y, cuando te hundías
en el vacío doloroso del letargo
y falso sueño, suplicaste al cielo por
una piadosa mirada para los tuyos.
A tu turno, te enviaron una Villa
Acogedora, donde ángeles, seres de luz,
te dieron la bienvenida.

No podías ver sus rostros,
pero, sus cálidas y dulces voces
con respeto, dignidad, bondad y dulzura,
te infundieron confianza,
lo que acrecentó tu fe,
haciendo tolerable tus dolores,
y sosegando tu alma y tu tiempo.

¡Liberada ya!,
Hoy que aún, el globo azul oscila entre
veloces oleajes, puntual, retornas
a servir en tu puesto de trinchera.
No hay horario para el médico
que hace frente a la Pandemia,
da igual; las tres de madrugada
o las seis de amanecida.
Tu corazón está empeñado,
a la total entrega de tu noble misión,
percibes a distancia cada
latido del agobiado paciente,
y sufres con él, porque
sentiste en carne propia el azote cruel.

Para la musa Inspiradora,
Heroína de guardapolvo blanco;
Cada día es un milagro.
Cada colega un hermano.
Cada familia un oasis.
Cada médico un oyente sabio.
Con la esperanza de un triunfal amanecer
Para la humanidad.

Las tardes lluviosas de abril

Era abril, cuando ya calmaban las lluvias torrenciales, con breves e intermitentes garúas. Al mediar la tarde, apuraba el paso hacia una empinada y vasta ladera cultivada, por un intrincado sendero de cardos y abrojos, salvando escollos, por pasajes estrechos entre grandes riscos que me miraban pasar cual gigantes bondadosos. Subía con decidido afán, hacia la gran vertiente. Al arribar, mi corazón y mi mente se expandían. Sentía la acogida del campo y el abrazo de la recia brisa. Desde este lugar avistaba el hermoso pueblo enclavado en el valle.

La generosa ladera había previsto una gran piedra en forma de paraguas para guarecerme, y desde allí disfrutaba del rítmico caer de la suave lluvia, que en la soledad del paraje era música de finos timbales.

Al atenuar la llovizna mi ser se inundaba de una sin igual alegría, entonces, me abría paso entre los surcos cultivados. El roce de las hojas y ramas eran cálidos saludos, les hablaba y cantaba, ¡Todo era bello, perfecto! mas..., era efímero el momento, ya que de pronto, me encontraba sumida en la más profunda tristeza y en los pétalos de las dalias rojas, brillaban como perlas, confundidas, mis lágrimas y las gotas de rocío.

De pronto, el sol asomaba risueño en el horizonte ahuyentando la tristeza, devolviendo a las dalias, lilas y girasoles sus fragancias, sus colores, sus vistosas y más finas galas, Los cerezos de jugosos y apretados racimos ya maduros se ofrecían al alcance generosos. Los sembríos, el maíz recién cultivado, la tierra húmeda, el herbazal y los juncos que bordeaban las parcelas se vestían de distintos tonos verdes. Los rayos inclinados del sol del atardecer atravesaban la fina garúa, parecían hilos de seda que colgaban, las gamas, tonalidades y aromas de la ladera pródiga se avivaban.

Desde lo alto, divisaba el pueblo apacible, como meciéndose en una enorme y verde cuna, cubierto de nubes plumizas y quietas. Entonces, un sentimiento de ternura, apego y pertenencia estrujaba mi alma, como presintiendo que pronto me alejaría de mi amado pueblo. Aquellas tardes lluviosas de abril de mis catorce años.

Lentas pasaban las horas de la tarde. Yo esperaba ansiosa la “Hora Mágica”, eran los instantes en que el astro rey vestido de túnica naranja, radiante y majestuoso iniciaba su descenso lentamente. El cielo, la montaña, el pueblo y la gran ladera se iluminaban de anaranjado intenso por breves minutos. Y luego él se ocultaba, perdiéndose en el ocaso.

Aún, deslumbrada, en plenitud, colmada de afecto, de amistad y con gratitud a la madre naturaleza, quien da en abundancia sin pedir nada a cambio, me preparaba para retornar a casa. Bajaba por la senda abierta en mi cotidiano trajinar con paso tardo, porque sentía que dejaba allá, arriba, distante, la vasta ladera, la suave y musical caricia de la garúa, mi paraguas de piedra, la hermosa vista del valle y del pueblo sosegado, los rayos débiles de sol del crepúsculo, las bellas dalias que tal vez mañana estarían marchitas y una parte de mi ser que me obligarían a volver a aquel lugar de contemplación y comunión.

Aquellas tardes lluviosas de abril reían y danzaban en el cofre de mis recuerdos reclamando vida. Esta tarde de brisa otoñal, al ver caer las hojas en acompasado y suave danzar, hurgué con insistencia en mis amaneceres y encontré la llave ¡Hoy, las dejé salir!

Diviso en el horizonte una puerta enmarcada de buganvilias, que extiende sus aleros cual brazos amistosos, hacia ella van riendo, danzando, y abriendo sendero.

Batallón... Perú

¡Oremos!
Que la mente no alcanza,
y el pecho oprime,
pero, la fe mantiene.
Evoquemos el mensaje
del médico de todos
los médicos
“Quien al enfermo sirve,
A mí me sirve”
Benditos, sean los que ya gozan
del amor sublime del redentor
en los jardines
Celestiales

Llegaron dispersos a la cita con “Jesús”
Quien con actitud paternal,
a su turno les inquiere
¿Sus hojas de servicios?,
Un médico
de plateadas sienes
Con voz calmada,
serena, responde
Señor, somos del Batallón Perú

Soldados de la
Primera línea de defensa
en la cruenta lucha con un
enemigo cruel que asola la tierra.

“Jesús” posa sobre ellos su mano Santa,
los mira con dulzura,
los abraza con ternura,
y les invita a
compartir con Él,
La gran Cena en el Reino Eterno.

Mira tus manos

Mira tus Manos.
Que encierran tu esencia,
alegres, tiernas, hermosas.
Sienten, meditan, hablan,
se postran y se conectan
con Dios.

Mira tus Manos.
Que saludan, se acercan,
dando calor y confianza.
Manos que aprisionan
y ofrecen sentimientos.

Mira tus Manos.
Que entregan el fruto de tus afanes.
Tus manos son la tierra espléndida
y fecunda que da el sustento,
develando la senda
para lograr los sueños.

Mira tus Manos.
Son luz que guía el sendero.
Bellas flores al entregar amor,
hojas sedosas al alcanzar consejos,
y ante la adversidad del hermano,
son presencia dadivosa y generosa.

Mira tus Manos.
Prodigios de la naturaleza,
hermanas menores del cerebro,
constructoras infatigables,
artífices de destrezas,
y de las más grandes proezas

Mira tus Manos.
Poseen dones que el Divino les concede,
son agua de manantial que cura,
fuente inagotable de energía.
mensajeras de fe,
primer auxilio del afligido
tibieza que anima, levanta y alienta.

Mira tus Manos.
Que, ante densos nubarrones,
qua amenazan vendavales, se crispan,
y siguen la huella de su destino.
férreas, implacables,
mas, presto enjugan el llanto, consuelan,
escudan, y encadenan con amor.

Mira tus Manos.
Que agitan despedidas
y cuando el velo del olvido
cubre la imagen distante,
se aquietan pensativas y se apagan
cual pétalos de rosa desprendidos.

Mira tus Manos.
Que, luego, al susurro
de la amada voz lejana,
festivas se alzan a seguir el vaivén
del claroscuro de los días,
juntas, al compás de los trajines.

Mira tus Manos.
Hermanas dignas, orgullosas,
dos palomas que alzan vuelo día a día,
aleteando, a los retos de la vida.

Mira tus Manos.
Alegres, tiernas, hermosas.

Mi padre fue mi árbol

De copa altiva, tronco enhiesto,
ramaje tupido, abrasador.
En mi temprana niñez, con ternura
me acunó, sus frutos me alimentaron
y mi ávida sed calmó el rocío de sus hojas.

Mi padre fue mi árbol.
De mi oración fue el templo.
Escrito lucía en su tallo:
“En la naturaleza, está Dios.”
Sus raíces hurgaban mi corazón agitado,
Y a su sombra me senté
a aquietar mis sentimientos y
y abrir las páginas de mis desvelados sueños.

Mi padre fue mi árbol.
En su alfombra de follaje a meditar aprendí
y de mi joven vida el derrotero tracé,
ante mi decisión tenaz,
sensible se agitó, y su savia resbaló,
formando surcos caudales.
Luego, orgulloso se irguió prodigando
bendiciones en mi pronta despedida.

Mi padre fue mi árbol.
Esperando mi retorno en su apacible solar,
floreció en cada primavera.
Y..., lentas pasaron las estaciones.

Él, cobijarme ansiaba
con su manto de hojas nuevas.

Yo, corría tras mis sueños
pensando que, en quietud,
dormía plácido el tiempo
bajo mi cálida almohada.

Y cuando al cabo volví,
su amada sombra buscando,
hallé, su tallo cenceño,
sus débiles ramas sin hojas,
mas la noble copa intacta.

Mi padre fue mi árbol.
De las estaciones, el invierno,
era la que él más amaba,
solía decir, versado:

“Es la estación que da vida”.

Y en ese invierno tempestuoso,
de ser un árbol frondoso,
trocarse en cruz de madera
en donde dejar mi llanto.

Y un ramo de margaritas.

Padre, tallados quedaron
nuestros momentos,
para... en el tiempo de la vida, florecer...

Eres el árbol lozano que
Dios plantó en mi parcela.

Soledad

La brisa otoñal precede
tus lentos pasos hacia mi morada.

¿Otra vez ¿aquí?,
corrieron tantos veranos
¡Adelante, querida amiga!
Otrora, en mis días invernales
sentaste residencia.
Sentía tus manos asir las mías
Silente, con suavidad y
dulzura me abrazabas,
y... tu frío aliento atravesaba mi ser.

Pero,
Un día de ardiente sol,
buscando sombra,
cruzó mi umbra la algarabía,
Entonces, Soledad, nuestros sinos
siguieron sendas opuestas.
Y, hoy de nuevo, frente a frente.

Bienvenida.
Los años dejaron nieve en tus sienes
igual que en las mías.
Tu equipaje es pesado.
Toda tú, llevas de mí.
Tu maleta llena está de mis añoranzas
y recuerdos que ya rebasan.

Mira tú...,
Mis amores reverberan
en la vincha que sujeta tus cabellos
Mis sueños abultan tus bolsillos.
Mis temores que son pocos
adormitan en tu suave regazo,

Mis secretos se esconden
en el dobléz de tus puños.
Mis arrepentimientos caben en
el estuche de tus gafas.
Lo que tengo por hace
tintinean y brincan
en las palmas de tus manos
Tu cálido abrazo disipa
las ausencias que me duelen.

Tu pañuelo,
es el lago que mis lágrimas colmaron.
La suave música que te envuelve
aquieta y silencia mis rencores,
Tu apacible mirada,
frena mis ansias desmedidas

Escúchame,
Pues, es la virtud que te adorna,
Sentémonos en el pórtico,
a la tibieza del sol del ocaso.
Hoy, me agitan torbellinos
que pugnan por salir,

¿Y ahora?
¿Abro la ventana de mi alma?
No, no, mejor..., la puerta, y...,
el tropel desbocado se abre paso
Junto al caudal dulce salado
que corre a su albedrío.

Mas, luego...,
el estruendo de tu silencio
me consuela, sosiega y calma,
Gracias,
mi noble escucha,
mi sabia consejera.
Lentas... las horas se deshojan.
en disfrute de dulce compañía.

Mas, pronto...,
murmillos primaverales
se abrirán paso a mis lares
y entonces, rauda partirás,
sin despedida, sin abrazo,
sin mirar atrás.

HUELLAS

Alberto Hidalgo Pallette

*A mis padres, Carlos y Emma,
que me dieron la vida, me enseñaron a vivirla de acuerdo con
los mandatos de Dios y de la ley, forjando mi porvenir.*

*A mis hermanos;
a él, mi ejemplo y guía,
a ella, mi engreidora y compañera de infancia.*

*A mi esposa,
que siempre me dio amor desde que nos conocimos y durante
más de cincuenta años de vida conyugal y trajo al mundo dos
hermosas hijas.*

*A mis hijas,
que fueron la razón de mi vida por quienes luché para darles
un futuro digno y me obsequiaron un nieto cada una.*

*A mis nietos, Ian y Aitana,
que me dan la alegría en mi segunda juventud.*

*A Dios Todopoderoso,
por darme todo lo que tengo y todo lo que soy.*

*“...octubre mes morado del que se engalana Lima.
La gracia evocadora que brota en cada esquina ...
Corridas de magnolias, gran festival taurino...”*

In memoriam
Carlos “Chalo” Hidalgo
“Capotazos”

*“... plaza de Toros de Acho, construida en la segunda
mitad del siglo XVIII, en honor a Micaela Villegas,
“La Perricholi”, por el virrey Manuel de Amat y Juniet e
inaugurada el 30 de enero de 1766...”*

Tarde de toros

Empecemos esta hermosa tarde taurina con un almuerzo en el tradicional restaurante Rosita Ríos, ubicado en el Rímac y donde iremos a degustar su clásico “piqueo” criollo, que consta de sangrecita, patita con maní, carapulcra, caucáu y los palitos de anticucho; enseguida, el plato de fondo, que puede ser arroz con pato, pescado a la chorrillana, chita frita, cuy en salsa de maní o sudado de pescado, y para finalizar, los ricos picarones. Todo esto asentado con la exquisita chicha de jora. Un bello y acústico fondo musical criollo, que es ejecutado a guitarra y cajón por un alegre conjunto moreno, acompaña este almuerzo.

Terminado el almuerzo, nos encaminamos a pie hasta la mencionada plaza de toros. En el recorrido, de las cantinas próximas a la plaza salen las notas de los pasodoble que ponen el marco musical a la Fiesta Brava. Así, llegamos al Coloso de Acho y en las proximidades de la plaza vemos llegar lujosos automóviles de donde descienden las hermosas, bellas y elegantes damas limeñas; unas vestidas a la usanza sevillana, con mantón de manila y peineta de plata, otras, de pantalón y sombrero cordobeses.

Como miembros del equipo médico de Acho, cuando llegamos, primero damos una inspección a la enfermería, para verificar que todo esté completo y en óptimas condiciones de funcionamiento, principalmente el tópic de curaciones, convertido ahora en minisala de operaciones, con una pequeña máquina de anestesia, los balones de oxígeno llenos y en perfectas condiciones. Igualmente, el médico laboratorista verifica el estado de las unidades de sangre, de acuerdo al grupo sanguíneo de cada torero. Luego, el equipo médico pasa a ocupar su lugar en el callejón, inmediatamente debajo de la barrera del tendido dos.

Previamente, el día anterior, según el reglamento taurino, se lleva a cabo “la pesada” de los animales, por parte de la autoridad municipal, con la presencia de un delegado por cada matador. Se constata su edad que debe ser de 4 a 6 años, con un peso no menor de 450 kilos y se verifica la integridad de las defensas toriles. Luego, se procede al sorteo de los animales: dos para cada matador, debiendo quedar un mínimo de tres toros de reemplazo, por si uno de ellos no reúne las condiciones de embestida o se lesiona antes del primer capotazo, por lo que debe ser devuelto a los chiqueros.

En el día fijado para la “Tarde de toros”, ya hemos visto el desfile de las hermosas limeñas. Dentro del recinto, hay innumerables grupos de aficionados, cuya conversa prácticamente es solo sobre la Fiesta Brava y el Cartel de lujo de la tarde constituido por tres diestros ganadores del trofeo limeño, el Escapulario de Oro del Señor de los Milagros y el presagio de quién será el triunfador de la tarde.

Con un “llene de bandera”, a solo unos minutos para las tres de la tarde ya todo el público está ubicado en sus lugares, tanto en los tendidos de sombra, que van del 1 al 6 ; los del sol y sombra, 7 y 8 y los de sol, del 9 al 13, donde asisten muchos de los mejores entendidos del arte del toreo y conversan sobre el cartel del siglo, integrado por el crédito nacional, el afroperuano Rafael Santa Cruz, 1948; César Girón, venezolano, 1954 y Francisco Rivera “Paquirri”, 1968, la figura española del momento.

A las tres en punto de la tarde suena el clarín y la banda de músicos de la Guardia Republicana ejecuta el pasodoble de estilo. Ya los diestros se han encomendado en la capilla de la plaza a la Virgen de la Macarena y el peruano, además, al Señor de los Milagros, cuyo escapulario lo lleva muy dentro del traje de luces. Se abre la puerta de cuadrillas apareciendo los “tres de luces”. A la izquierda del espectador abre plaza el más antiguo de los tres, Rafael Santa Cruz, “La maravilla negra del toreo”. A la derecha, César Girón, el “venezolano”, y al centro, Francisco Rivera “Paquirri”, por ser el más joven. Avanzan lentamente, cada uno con su capote de paseíllo y vestido de luces: Rafael de morado, plata y oro, color

del Santo Patrono; César, de verde y plata, y Paquirri, muy elegante de blanco y oro. Todos avanzan de montera, por haber toreado antes en esta plaza. Detrás de cada uno de ellos, tres filas de subalternos por cada matador, en sus trajes de lentejuelas o adornos de plata, uno de ellos es el banderillero que actúa en el segundo tercio. Vienen los picadores o varilargueros de a caballo, portando una larga vara con punta de metal y una cruz que limita el espacio hasta donde debe penetrar la puya; van vestidos de chaqueta, un sombrero castoreño, camisa, faja, corbatín, botas y una pantaloneta abierta y acolchada y armaduras que protegen las piernas. Al caballo se le protege con un peto igualmente acolchado. Finalmente, aparece el personal de apoyo y mantenimiento del ruedo taurino: los monosabios, que también cuidan del caballo del picador durante la pica; los mulilleros, que participan en el arrastre del toro muerto, y los areneros.

En la barrera del tendido dos, frente a la puerta de cuadrillas, elegantemente vestida de mantón de manila y peineta de plata está la hermosa Isabel Pantoja, muy sonriente y alegre, sin imaginar que esta será la última vez que verá al amado terminar su faena.

.....

La tarde ha sido triunfal. Cada uno de los diestros ha cumplido y ha cortado sendos apéndices. Toca el turno final al de España que se hince de rodillas muy cerca y frente a la puerta de chiqueros, con el capote fuertemente cogido con ambas manos y extendido delante de él. Se abre la puerta de chiqueros, el diestro se persigna, sabe que este pase a “porta gayola” le puede costar la vida y cuando se produce la embestida de la bestia, de nombre Rufu y 520 kilos, el diestro le cambia la trayectoria que iba delante hacia él, mediante el pase de “larga cambiada”, en el cual se sujeta el capote únicamente con la mano izquierda, cambiando la dirección de la embestida del toro.

Ahora, en la suerte de capa, realiza una serie de elegantes pases: verónicas, revolveras, chicuelinas y gaoneras, y cuando el astado está lo suficientemente fijado, suena el clarín para cambio de tercio.

Los subalternos llevan a Rufu a la suerte de varas, donde el picador lo castigará con un mínimo de dos puyazos en el morillo, que tienen la finalidad de que el toro no levante la cabeza en la embestida.

Toca el turno a los banderilleros, el enemigo es llevado a los medios por un subalterno- El banderillero provisto de dos palitroques, con los colores patrios, cita al toro, le hace un quite con el cuerpo y clava las banderillas en el morillo. Esto se repite hasta completar los tres pares que deben quedar clavados en una peseta.

Nuevamente, el clarín. Viene ahora la suerte suprema: la muerte del toro, para la cual, el “mataor”, con muleta y estoque en la mano izquierda, llevando la montera en la derecha, avanza lento, calmado, caminando elegantemente hasta quedar frente a la autoridad, a quien pide permiso para matar, lo que le es concedido. Se dirige a los “medios”, donde brinda al “respetable” y es fuertemente ovacionado, pero se queda con la montera en la mano y se encamina a la barrera donde se encuentra la amada y, de espaldas hacia ella, le tira la prenda que es cogida en el aire por la dama, en augurio de buena suerte. Palmas.

Cita en los medios, ejecuta una serie de pases. Primero de castigo, para bajarle la cabeza, y, luego, los de lucimiento, con o sin estoque: trincherazos, derechazos, naturales, pase de pecho, el teléfono y, finalmente, el desplante, completan la elegante y riesgosa faena. Es una locura en los tendidos: aplausos, gritos de olé, olé; ¡Torero!, ¡torero! El de espada pide silencio y cuadra al animal delante de él. Un silencio sepulcral en el coso, solo se escucha el bufido de la bestia. La cita y esta se abalanza hacia él, quien solo da medio paso adelante y le clava el estoque en el momento de la embestida, y el animal cae.

Palmas del respetable, pañuelos blancos al aire, vuelta al ruedo al enemigo y el torero recibe los trofeos: orejas, rabo y pata y, en hombros recibiendo ramos de claveles, gritos y aplausos, da la vuelta triunfal. Finalmente, los tres toreros salen en hombros por la puerta grande.

¡Hasta la próxima de abono!

Los niños del Olimpo

En las tierras de la media altura de los Andes, dos niños arrearan sus ovejas en busca de verdes campos que les proporcionen el alimento. Él, de apenas diez años, y ella, de solo ocho, provenientes de dos humildes hogares campesinos, salen de sus pobres viviendas al rayar la aurora, llevando sus ovejitas por los campos andinos en busca de alimento.

Mientras pastan, él, Deimos, nombre de uno de los dos satélites de Marte, y ella, Proserpina, una de las lunas de Júpiter, juegan y se entretienen, aunque sea con ramas secas de los árboles. Un día cualquiera, Deimos le señala a Proserpina el hermoso y tupido follaje de la copa de los árboles y le propone subir a la parte más alta y más tupida. Ellos, con los encallecidos pies descalzos, trepan hasta lo más alto, donde las ramas de los árboles parecen formar un mullido colchón verde y se echan a descansar y contemplar la hermosura del valle.

Pero, he ahí que comienza a llover y, entonces, los niños se refugian bajo las ramas, cubriéndose con grandes hojas secas. Pasa el tiempo, la lluvia calma, los niños dormitan y aparece un arco iris que brilla con todo su esplendor y se extiende de este a oeste, hasta sumergirse en el lejano mar. Se trepan y cual colorido tobogán, se resbalan y caen al Olimpo de los dioses.

Proserpina, hija de Ceres y de Júpiter, es la dulce joven y hermosa reina del Inframundo y diosa de la primavera y él, Deimos, es la representación y dios del miedo y del terror, hijo de Ares, dios de la guerra, y de Afrodita, diosa del amor.

Un día en el Olimpo, Proserpina se baña desnuda en la laguna Azul, formada por las lágrimas de las ninfas. De pronto, pasa por los cielos de Urano, el coche de Deimos, halado por siete caballos blancos. Deimos contempla la desnudez de Proserpina y queda prendado de su belleza y de la laguna, rodeada de

hermosas y fragantes flores primaverales. Quiere raptarla, pero al ser ella la diosa de la primavera, las flores detectan la presencia del terror y, entonces, emanan repugnantes olores que encabritan a los alados caballos, que huyen despavoridos, y, así, impiden el rapto.

Deimos entra en ira y habla con su hermano Fobos, pues juntos son invencibles, y planean raptar a Proserpina. Su madre, Afrodita, que conocía las intenciones de su hijo, le dispara un dardo directo al corazón, y este cae rendido de amor por Proserpina. Sin embargo, esta lo humilla y con el poder que tiene de diosa primaveral lo convierte en una flor de loto, con la que juega en el estanque de lágrimas. Nuevamente, aparece Afrodita que, para salvar a su hijo, lanza un dardo al corazón de Proserpina y se rompe el hechizo sobre Deimos. Este recupera su naturaleza y se va con Proserpina a los hermosos parajes del Olimpo.

Mientras tanto, en la Tierra ha calmado la tempestad, el sol del ocaso brilla tenuemente, los hermosos colores del celaje envuelven el horizonte, los pastorcitos se despiertan y presurosos reúnen a sus ovejitas y las arrean a sus respectivos corrales.

El cardenal y el niño

A mis nietos Ian y Aitana

Un lindo pajarillo, llamado Cardenal por el color carmesí de las plumas de su pecho, estaba posado en la rama de un árbol, y era observado por un cazador que portaba su escopeta, y cerca de él, Juanito, con Toby, su perro negro.

En un hermoso día de primavera, Cardenal volaba alborozadamente de rama en rama, en un bosquecillo que alegraba con su dulce trinar. Agazapado, en medio de los árboles se encontraba el cazador, con su escopeta cargada, a la espera de que Cardenal se posara en la rama de algún árbol para dispararle. Es así como, en un determinado momento, Cardenal se posa en una rama seca, el cazador apunta su arma y está listo a hacer fuego. El lindo perrito lo observaba y en el momento en que va a disparar, lanza un fuerte ladrido y corre hacia el cazador, quien por la impresión falla el tiro.

El niño, que observa la escena, queda feliz de que “su” pajarillo de pecho carmesí estuviera en la rama de otro árbol, alegrando siempre con su dulce trinar. Juanito, contento, vuelve a su casa seguido por su fiel perro negro.

La Madre

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza.

Génesis 2, 7

*Y Dios dijo: No es bueno que el hombre es solo.
Haré pues, un ser semejante a él para que le ayude.*

Génesis 2, 18

*Para el varón Ish, no había varona o hembra, Isha.
Entonces Dios hizo caer en un sueño profundo a Ish,
Adán y tomó una de sus costillas e
hizo una mujer y será llamada Varona, Isha.*

Génesis 2, 21-23

Y la obra perfecta del Supremo Arquitecto fue el hombre y la mujer. A ella la dotó de un órgano que solo Él podía lograrlo. Ese órgano-casita fue colocado en la parte baja de su vientre, e hizo que la mujer cada veintiocho días expulsara una pequeña célula hacia el interior de ese órgano, que mientras tanto permanecía cerrado y con ricas instalaciones sin funcionar.

Por otro lado, también al hombre lo dotó de un órgano capaz de almacenar células, que podían unirse a las de la mujer. Cuando el amor surge entre el hombre y la mujer, las células provenientes de cada uno de ellos son capaces de unirse en el acto supremo del amor y formar una nueva y única célula, que luego dará origen al embrión.

Esta mujer, ahora madre, alberga al embrión y lo lleva al interior de ese “órgano-casita”, cuyas paredes no están cubiertas de finos tafetanes ni los suelos lucen ricas alfombras persas, sino que sufre una serie de cambios que solo la naturaleza es capaz de llevar a cabo, para albergar a su nuevo huésped. Este vivirá en la hermosa mansión creada única y exclusivamente para albergar al nuevo ser y que está dotada de una riquísima red de canales alimenticios, que también tiene el mismo sistema para eliminar lo no utilizable. Y es así, que esta mujer convertida en madre se llena de amor y felicidad por ese hijo, al que irá alimentando por espacio de nueve meses.

Y cuando el ser-hijo llega a su total y completo desarrollo, la madre le abre las puertas de esta mansión y lo ayuda a salir con gran dolor físico para ella. Lo toma por primera vez llenándolo de amor, felicidad y le dice: “anda al mundo para que vivas tu vida que yo te cuidaré, alimentaré y protegeré hasta el último día de mi vida”, y es ahí que el hijo siente el abrazo lleno de amor y cariño de la madre.

El milagro de la Navidad en las fronteras

Cuento navideño

La Navidad es la fiesta universal de paz y amor que conmemora el Nacimiento de Cristo Salvador, en un humilde pesebre de Belén. El mundo celebra gozoso este acontecimiento; pero, ¿habrá gozo y felicidad en todo el mundo? ¿Será igual en todas partes? ¿Será diferente? ¿Todos los hombres de la tierra, gozarán y estarán felices o habrá dolor, muerte y tristeza? Veamos:

Se arreglan las casas con figuras alusivas: un arbolito simbólico se adorna con bombillas coloreadas, luces multicolores, una estrella luminosa en su punta, que simboliza la estrella de Belén y, como toque final, se arma un pesebre. Los preparativos están listos, el pavo ya fue horneado, el típico panetón luce sus coloridas envolturas, los confites y todo tipo de dulces ya están en adecuados recipientes. Y los niños, ¡oh, los niños!, ya escribieron sus cartas pidiendo sus juguetes preferidos que esperan con ansias. Ellos están felices y con sus ruidosas e inocentes risas llenan el ambiente de alegría sin igual.

Pero ¿será así en todos los hogares del mundo?, ¡no! En muchos de ellos, distantes unos de otros por cientos de kilómetros, sin conocerse ni saber nada entre ellos, no habrá sonrisas, no habrá Papá Noel para los niños, no se adornará la casa y el arbolito lucirá desnudo de adornos; mientras que el pesebre solo se expondrá para su veneración. Y ¿por qué? Porque falta la presencia y el cariño de un padre, de un hijo, de un hermano, de un esposo: falta alguien del que no saben dónde está y si aún conserva la vida, y las cartas de los inocentes niños solo piden a Papa Noel el retorno del ser querido.

Mientras, en otros lugares lejanos de aquellos que celebran y de aquellos que están tristes, existen campos de batalla donde hay profundas zanjas conocidas como trincheras, unas frente a las otras, ocupadas por hombres que no se conocen, que hablan otro idioma y no saben de la existencia de uno ni del otro, hombres con los rostros curtidos por el sol, el aire, el frío y, en algunos casos, por la sal de los mares de donde han llegado.

Estos hombres, durante su permanencia en estas zanjas-trincheras, han escuchado muchas veces el traquetear de las metrallicas de uno y otro bando, el disparo de los fusiles, el explotar de las granadas. Pueden ver el fuego de los lanzallamas, las cuadrillas de aviones que dejan caer bombas sobre blancos no vistos desde la tierra, pero sí se escuchan las explosiones y se ven los destellos al caer, tal vez sobre una inocente población. Se puede oír el grito y el llanto de dolor del herido de bala, del quemado por el fuego, del que perdió una extremidad al explotarle una granada; puede verlo como se desangra, sin saber quién es, solo sabe que es un compañero de la unidad. Puede ver morir al amigo o al compañero atravesado por una bala enemiga o destrozado por la explosión de una granada y no poder hacer nada por él, tan solo arrancarle su placa de identificación que lleva colgada al cuello, para que sea entregada a sus familiares. Esto es la guerra, la pérdida de vidas por una ambición que no llegamos a comprender, dicen los combatientes: por la disputa de un territorio o de alguna riqueza de algún país lejano y muero, no por mi patria, sino por ambiciones de terceros.

Pero llega el veinticuatro de diciembre, los disparos han cesado, las granadas quedan en las mochilas del combatiente, el lanzallamas se ha apagado, los aviones están en sus hangares. Hay un silencio que permite escuchar algunos pajarillos que revolotean sobre ambas trincheras, dado el reposo reinante.

Son las doce. Doce campanadas suenan y retumban por todo el orbe: un corneta, de cada lado de las trincheras, interpreta *Toque de silencio*, y cuando finaliza se escuchan gritos de alegría por doquier, los rostros sonrían y expresan una alegría sin fin. Los soldados salen de las trincheras de ambos lados y se abrazan, gruesas lágrimas corren por sus mejillas y limpian la tierra y el polvo de sus rostros curtidos y borran el pánico que expresaban.

¡Este es el Milagro de la Navidad! “Este es un día para empezar de nuevo, para buscar la paz, para cantar y reír” (Facundo Cabral)”

Feliz Navidad; Merry Christmas; Joyeux Noël (francés); Boun Natale (italiano); Frohliche Weihnachten (alemán); Vrolijk Kerstfeest (holandés); Giang Sinh Vui Ve (vietnamita); Boas Festas (portugués); Sumaj Kausay Kachun (quechua). Así resuena en todo el mundo y así debería continuar por siempre y para siempre.

¿Un año perdido?

Se dijo cuarentena o sea cuarenta días y, ¿qué pasó? Los días han pasado y seguirán pasando, los meses van cayendo cual hojas de un árbol que cubren los senderos del parque, donde ahora revolotean pajarillos que alegran con su piar y las liebres corren a su libre voluntad, pero nadie los ve ni los oye y antes era el bullicio de los niños con sus risas, gritos y juegos que alegraban estos parques. Pasó el otoño, pasó el verano, los meses seguían pasando y llegó el invierno, Fiestas Patrias y esta vez no habrá desfile militar ni viajes de vacaciones, ni circos. Los niños continuarán encerrados con otra desilusión, pena en el rostro y en el alma. Ya la madre no sabe cómo entretenerlos y el padre sigue recluso en el dormitorio-escritorio, con la computadora encendida día tras día, en su quehacer diario de trabajo virtual.

Mientras tanto, a diario miles de personas mueren en el mundo, mueren vecinos, amigos, familiares y tal vez nuestros abuelos, nuestros hijos, hermanos o aún nuestros padres. La cuarentena continúa y siguen cayendo las hojas del almanaque. Los campos vuelven a reverdecer, los tulipanes florecen, los pajarillos cantan y los días se hacen más calurosos, más largos... hermosos. Ha llegado la primavera, pero continúa la cuarentena y el mundo sigue triste y llorando sus muertos.

Las iglesias repican y doblan sus campanas; se ora en todo el mundo pidiendo misericordia y los niños siguen en confinamiento. La vida ha cambiado para ellos; sus juegos presenciales con los amigos de siempre del colegio, ahora, se convirtieron en juegos de *playstation*. Aparecen nuevos grupos de amigos

Segundo puesto Concurso de Cuentos 2023 del Colegio Médico del Perú

virtuales que juega y juegan, día tras día, sin verse las caras, sin reír y sin saber realmente quienes son los unos y los otros. La cuarentena continúa y la Navidad sin regalos, la casa ya no se llena ni de familiares, ni de amigos y suenan las doce campanadas del Nuevo Año, pero suenan huecas, sin el eco de la alegría, sin el bullicio de las calles, sin los abrazos, sin las fiestas. Solo se celebran en la intimidad de los familiares, donde en muchos hogares falta alguien porque la pandemia se lo llevó.

Y, nuevamente, el redoble de campanas pidiendo el fin de este tormento y la cuarentena sigue y sigue. Será un nuevo verano sin playas, sin viajes, sin amigos.

Entonces, ¿podemos decir que hemos perdido un año? ¡Nooo!, no hemos perdido nada, por el contrario, ¡hemos ganado! Hemos aprendido a vivir con el dolor en el núcleo íntimo familiar, hemos aprendido a amar... ¡Sí! A amar a los padres, a los hijos, a los abuelos, a los nietos, a nuestros cónyuges. Hemos aprendido a valorar a nuestros semejantes, a nuestros amigos, que, aunque no los vemos, los queremos con el cariño de siempre. También hemos aprendido a ser felices en medio de este tormento, ser felices cuando sabemos que estamos sanos; ser felices cuando un nuevo miembro de la familia viene a este mundo, ser felices porque vemos el amanecer de un nuevo día, porque podemos ver los ortos solar y lunar y el cielo tachonado de estrellas. La danza de los delfines y las arenas de las playas cubiertas de aves. También sabemos que los leones y los tigres se pasean libres y sin temor en los desiertos africanos y somos felices porque la vida continúa, lo vemos día a día en las noches del helado invierno y somos felices porque nuestra madre nos arrulla con su canción de cuna y nos cubre con la manta de su amor para protegernos del frío.

Y cantamos y cantamos, para alegrar nuestros corazones, y cantamos Aleluya, Aleluya, porque seguimos vivos y siguen vivos nuestros seres queridos, y lloramos y lloramos, por los que mueren, y no sabemos cuando esto terminará y, entonces, solo decimos:

¡Hágase tu voluntad!

HUELLAS

Línder López Cruzado

A los grandes apoyos en mi vida:

Mis padres Eva y Ulises (†)

Quique (†) y Alex, mis hijos,

Enhorabuena, a Lucy mi esposa.

El médico negado

En 1950, Lino, cuando cursaba el segundo año de educación primaria, en Shorey, La Libertad, Perú, recién conoció a su padre y, en 1968, se reencontró con él, en circunstancia nada atractiva y halagadora, durante el Internado de Medicina en el Hospital de Belén de Trujillo.

Cuando terminaban las lluvias en la época del florecimiento de las papas, bajo la sombra de los eucaliptos y en casa con techo de ichu,⁽¹⁾ a 3 500 m s.n.m., nació un niño de madre sangualina y padre agallpampino. Ella, una viuda hacendosa con manadas de ganados ovino, porcino y vacuno que le había dejado su difunto esposo. El, un hombre de pueblo bien hablado y trajeado, enamorado más del ganado que de la viuda.

Al niño le pusieron por nombre Lino. Su primer año lo pasó envuelto con pañales y faja de lana de carnero. Era un muñeco que alegraba durante el día y muy llorón por las noches, y que estaba al cuidado de cinco hermanos y su madre, ante el abandono del padre.

La mamá resontraba a los hermanos de Lino, diciéndoles: “No hagan llorar al cholito”. Flora, la hermana mayor respondía: “A Lino le voy a dar agüita de valeriana, para que se tranquilice y duerma”.

A los seis años, pastaba ovejas, vacas, chanchos y burros, acompañado de su perro de nombre Forminante, llevaba consigo una honda, para espantar con piedras a los zorros, y, en su talega,⁽²⁾ cancha⁽³⁾ y queso.

Al final del día, todo era felicidad, cuando regresaba a casa con los animales completos, o tristeza, cuando el zorro se llevaba un cordero o los animales invadían chacras de los vecinos. Cuando estos hechos sucedían, ellos se quejaban a la mamá, por los daños ocasionados.

-Lino, ven acá -decía mamá, con la verga de toro en la mano.

-¡Toma!, ¡toma!, ¡toma! -decía mientras lo castigaba a latigazos.

-¡Ay, ay, ayayay! -gritaba el muchacho.

Los hermanos corrían a defenderlo.

-¡Mamá, no le pegues!

Su primer juguete fue un pequeño arado de madera aliso con el cual barbechaba y sembraba papas, ocas, trigo o cebada, en las zonas de tierras inaccesibles para la yunta.

A los siete años fue matriculado en una buena escuela del pueblo de Julcán.

La señorita profesora en la primera clase dibujó en la pizarra una olla con “papas revueltas” y ordenó a los alumnos:

-Juan, pasa al frente y come dos “papas revueltas”.

Juan, obediente, hizo ademán de comerse las papas y con el dedo índice de su mano derecha borró dos.

-Lino, come tres papas -dijo la señorita.

Lino, asustado y tembloroso, simuló comer las “papas revueltas”, pues no quería pintarse de blanco la boca, pero la señorita se dio cuenta del engaño y le dijo:

-Lino, estira la mano. Lino recibió tres reglazos en la mano, por desobedecer la orden.

Así, sucesivamente los alumnos hicieron desaparecer las “papas revueltas” y dejaron la olla vacía y terminaron con la boca pintada por efecto de la tiza.

El muchacho, solo dos días asistió a clase, porque la señorita le amenazó diciendo:

-Lino, si no encuentras tu lápiz y borrador que has perdido de tu morral, te voy encerrar en un cuarto oscuro con la calavera.

Lino, aterrorizado, se escapó de la escuela y no volvió más.

–Hermanita –le dijo a María, su hermana–. ¡Por favor!, llévame a mi casa con mi mamá, me voy a portar bien, voy a cuidar los animales y deshierbar las chacras de papas.

María, contrariada y sudorosa, retornó a casa cargando en la espalda a Lino. Ellos tuvieron que escuchar la reprensión de mamá muy enojada, por cierto:

–¡Cholo de mierda!⁽⁴⁾ –dijo la mamá– como no quieres estudiar seguirás de pastor y vas aporcar⁽⁵⁾ las papas. Mañana vamos hacer una minga⁽⁶⁾ y tú vas a trabajar junto a los peones.

Lino aceptó el castigo como un reto. Algunos días cuidaba los animales y otros días colaboraba en el cultivo de papas. Los domingos corría detrás de una pelota confeccionada de vejiga de chanco.

Al año siguiente, la tía Andrea ofreció su casa para que Lino vaya a estudiar en la provincia de Santiago de Chuco. En este lugar, Lino estudió transición y primer año de primaria, en el colegio Miguel de Cervantes Saavedra, en turnos de mañana y tarde. Estudiaba durante el día y, en la madrugada, colaboraba sobando grandes masas de harina para confeccionar pan, el mismo que repartía en las tiendas antes de asistir al colegio. Gracias a la tía Andrea, Lino aprendió a “ganarse el pan de cada día”.

El segundo año de primaria, por invitación del tío Leopoldo, Lino estudió en el pueblo de Shorey-Quiruvilca, en La Libertad, un centro minero ubicado en la puna a 4 000 m s.n.m. Él tuvo que adaptarse rápidamente al frío (6 °C) y a las ordenanzas de los dueños de casa.

La tía Velermina, esposa del tío Leopoldo, le dijo:

–Antes de almorzar, prepara las bolas de carbón⁽⁷⁾ para el fogón⁽⁸⁾ y, luego, lleva la vianda con su comida para tu tío Leopoldo.

Él, recién llegado de recibir clases del turno de mañana, sin protestar cumplía las órdenes de la tía Velermina. Terminada la tarea, almorzaba, luego lavaba el

menaje utilizado, cogía su morral con sus cuadernos y enrumbaba a sus clases de la tarde en la escuela, que quedaba a treinta minutos de la casa de sus tíos.

Esta rutina se cumplía durante la semana. Los sábados, lavaba su ropa en el río, y los domingos, planchaba su ropa y estudiaba las clases impartidas en la escuela.

Días previos a Fiestas Patrias, a Lino le sucedió un acontecimiento de grata recordación.

Un señor bien vestido y con corbata se presentó en la escuela preguntando por un niño sangualino. Conversó primero con el director, quien llamó al estudiante y le dijo utilizando palabras bíblicas:

–Lino, ¡he ahí a tu padre! –mientras miraba fijamente al señor.

–Señor Ulises, ¡he ahí a su hijo!

Ambos personajes se abrazaron y lloraron, se desprendieron uno del otro con dificultad, pues Lino recién conocía a su padre, quien le hizo entrega de una camisa, un pantalón y una boina de dril beige americano brillante para el desfile del 28 de Julio. El niño, mientras se secaba las lágrimas, agradeció a su padre por tan gentil y bonito regalo.

Lino, para continuar sus estudios de primaria, migró a la ciudad de Trujillo. Se hospedó en casa de su familia, que vivía en la Portada de la sierra o Tranca. Fue matriculado en la escuela N.º 2401 del jirón Independencia. Su comportamiento y estudios satisfactorios le permitieron culminar la primaria. Durante esta etapa de su vida, para financiar su estadía y estudios, tuvo que cuidar y limpiar carros, vender libros, revistas y periódicos. Posteriormente, trabajó como ayudante de zapatero.

La tía Zoila lo hacía cocinar; luego, lavar y planchar su propia ropa, mientras ella tejía su chompa y lo controlaba atentamente.

El sedentarismo llegó a su fin. Lino vivió en Laredo. Para trasladarse a Trujillo, usaba las góndolas.⁽⁹⁾ Cursó sus estudios de secundaria en el colegio Gran

Mariscal Luis José de Orbegoso, en calidad de becado, pues estaba ubicado en el primer lugar por méritos propios.

En 1968, fue destacado como interno de Medicina, en el Hospital de Belén de Trujillo, en donde se reencontró y atendió a su padre, quien padecía de cáncer terminal. Sin más preámbulos, ambos se abrazaron.

-Ulises, le dijo a Lino -¡Hijo, perdóname!

Él interno enmudeció. Ambos se abrazaron.

GLOSARIO

1. Ichu. Quechua. Planta gramínea que crece en la puna.
2. Talega. Bolsa de tela, que sirve para llevar o guardar cosas.
3. Cancha. Quechua. Maíz o habas tostadas.
4. Mierda. (Diccionario de la Lengua Española) Palabra usada para expresar contrariedad o indignación.
5. Aporcar. Amontonar tierra en torno a los tallos de las plantas.
6. Minga. Trabajo agrícola colectivo y gratuito con fines de utilidad social.
7. Bolas de carbón. Mezcla de carbón de piedra con arcilla en forma redondeada.
8. Fogón. Sitio adecuado en las cocinas para hacer fuego y guisar.
9. Góndola. Ómnibus pequeño de transporte público.

El negrito

La temporada de cría de los canarios ocurre durante la primavera. Cuando las aves entran en celo, el macho canta fuerte entonando diversos y variados trinos y la hembra busca el lugar más adecuado para confeccionar el nido. Ambos se enamoran. Ella llama con un piar especial, invita al macho, quien acude presuroso para la cópula. La hembra pone hasta cinco huevos y después de trece días de incubación nacen los pichones. Estos a los treinta días de edad se alimentan solos y los padres comienzan otra nidación.

En un día soleado de paz y tranquilidad, un canario rojo intenso, macho, de nombre Inocencio, le llama severamente la atención a su pareja, una canaria roja nevada, de nombre Prudencia. La razón, el sorpresivo nacimiento de un pichón de color diferente a su raza. ¡Prudencia!, la llama con un trino fuerte:

–¿Cómo me puedes explicar la presencia de dos hijos de color rojo y uno de color negro?

Ella, también sorprendida, observa que sus pichones son de colores diferentes. Le contesta:

–El negrito salió así porque he comido mucha mostaza negra.

Inocencio, descontento por la respuesta, insiste en acusarla:

–Tú me has engañado con el vecino, un canario cobre intenso de nombre Lino –y comienza a agredirla con picotazos y aletazos frecuentes, para conocer la verdad, y le dice:

–Mientras te entonaba melodiosos trinos, tú le hacías ojitos y guiñabas a Lino.

–Y tú –responde Prudencia a Inocencio– mientras yo confeccionaba el nido, acosabas a Liza, la canaria vecina.

La pelea cada vez se hacía más fuerte y las plumas volaban por los aires.

La bulla y el súbito alboroto llaman la atención de Genio, el criador, quien acude de inmediato al lugar de los hechos.

–¡Qué pasa aquí! –les grita a los canarios– ¿Por qué tanto desorden? –Prudencia está con la cabeza ensangrentada e Inocencio, con las plumas desordenadas y rotas.

–Señor, Prudencia me ha sacada la vuelta –dice Inocencio– porque tenemos dos hijos de color rojo y uno de color negro.

–Señor, mentira, es una calumnia –responde Prudencia– no he tenido otro marido, siempre he sido fiel a Inocencio.

Un largo silencio y enmudecimiento de Genio presagiaba algo tormentoso por venir.

–Queridos Inocencio y Prudencia –dice el criador– les debo una explicación:

–Sucede que mientras Prudencia incubaba sus huevos, la canaria Liza, de color cobre nevada, enfermó y abandonó sus huevos en la etapa de incubación. Y para evitar que mueran sus pichones en desarrollo dentro del huevo, coloqué dos huevos de ella, en el nido de Prudencia, para que los abrigara. Todo transcurría con normalidad hasta el nacimiento de los pichones. Los dos pichones rojos son hijos de ustedes y el pichón negro es de Lino y Liza.

–Señor Genio –dice Inocencio– por favor, si fuera amable, deje abierta la puerta de la jaula. Queremos salir un momento para sacudirnos de estas plumas quebradas y desordenadas– mientras señalaba sus cuerpos maltratados con plumas ensangrentadas, producto de la pelea.

El criador, sintiéndose culpable de la tragedia, acepta el pedido, abre la puerta de la jaula y les dice:

–Ya pueden salir por un breve momento.

Inocencio y Prudencia se miran y con señas adecuadas, gritan:

–¡Al ataque! –vuelan directamente y se posan en la cabeza del criador, a quien agreden a picotazos y aletazos, diciéndole:

–Tú eres el culpable de nuestras constantes peleas.

El criador trata de defenderse sin conseguirlo.

–¡Ay!, ¡ay!, basta, basta, perdón, perdón –replica el agredido– no lo hice con mala intención. Mi propósito fue la emergencia de salvar de una muerte segura a los hijos de Liza.

–Entonces, explica los hechos de la urgencia –reclamaron Inocencio y Prudencia, mientras detenían la agresión.

–Liza se enfermó –dice Genio– abandonó su nido, dejó de incubar y se enfriaron sus huevos, inmediatamente coloqué dos en el nido de Prudencia, que por esa época también estaba incubando. Ella no se percató de la presencia de los huevos de Liza y siguió incubando como si todos fueran suyos.

Luego de conocer la verdad, los canarios volvieron a su jaula. Inocencio le dice a Prudencia:

–¿Qué llevas escondido en tus alas? –Prudencia le contesta que lleva los cabellos del criador, para confeccionar un nuevo nido.

Pasó el tiempo. A los trece días de incubación, nacieron dos pichones rojos y uno negruzco. El otro huevo de Liza no eclosionó porque el pichón falleció dentro del cascarón, probablemente porque fue demasiado tarde cuando se le encargó a Prudencia.

Con esta explicación, terminaron las peleas, y tanto Prudencia como Inocencio se preocuparon en alimentar, abrigar y criar a los tres pichones como hijos de ellos.

A los treinta días de edad, cuando los pichones ya comen solos, llega el momento de su emancipación. Ellos deben pasar a una jaula voladora, donde siguen

desarrollándose y entonan los primeros trinos. Circunstancias, que el Negrito (canario cobre intenso) le dice al criador:

–¡Señor, por favor, antes de pasar a la voladora, quiero conocer a mi madre!

Él acepta el pedido, lleva al Negrito y presenta a Liza, su madre. Se abrazan y picotean a modo de besos, dejando escapar algunas lágrimas porque ella no sabía que tenía un hijo, solo recordaba que se enfermó, abandonó su nido y dejó de abrigar sus huevos.

Madre e hijo se despiden. El negrito se marcha con la promesa de cantarle a su madre las mejores canciones que aprenderá en la jaula voladora.

Un adiós sin adiós

El teléfono timbra.

-¡Hola, hermano!, ¿cómo estás? -le dice Willy a Lino.

-¡Estoy bien -responde Lino, luego agrega- con esta cuarentena extraño a mis amigos del Centro del Adulto Mayor del Colegio Médico del Perú-Essalud!

Willy, desafiante e incrédulo, le contesta:

-Lo que pasa, hermano, es que extraño las juergas. Yo, estoy mejorando de una fuerte gripe y he vuelto a tomar mis cervecitas con mis amigos.

Lino, sorprendido y enojado, con voz altisonante, reprende a Willy:

-¡Carajo!, estás con coronavirus. Inmediatamente ve al hospital.

Él, asustado, obedece al hermano. Asiste a consulta y a realizarse análisis.

Días después, con su prueba rápida negativa en la mano, Willy continúa laborando y celebra con sus amigos porque que no tiene la enfermedad. Hace caso omiso a algunos raros síntomas que le molestaban, como la disminución del apetito, no sentir el sabor ni el olor a los alimentos y la tos.

Sin embargo, cuando la tos era intensa y persistente, con sensación de falta de aire para respirar, Willy llama por teléfono a Lino, y le dice que se ahoga para respirar.

El hermano, médico, sospecha que se trata del coronavirus, le contesta:

-¡Willy!, acude a emergencia del hospital para que te administren oxígeno.

El paciente tuvo que formar su respectiva larga cola, para conseguir una cama en UCI.

Transcurridos 40 días, ni el oxígeno, ni la traqueotomía, ni el ventilador evitaron su fallecimiento.

Lino, reflexiona y comenta:

¡Fue un adiós sin adiós!

Canarios extraviados

Por la mañana, en un día de lluvia, cuatro canarios criados en cautiverio, alojados en la jaula número uno, se escaparon del criadero aprovechando que el criador dejó abierta la puerta de la jaula, en un momento que realizaba la limpieza del local. Eran un macho, rojo intenso; una hembra, roja nevada; otro, rojo mosaico macho y una roja mosaico hembra.

El criador, muy ocupado, repartía en cada jaula, de un total de veinte, la mezcla de semillas compuesta de alpiste, linaza, cañigua y mostaza. También distribuía su alimento blando a base de quinua, huevo sancochado, hojuelas de avena y sémola. Así mismo, agua con vitaminas, pedacitos de brócoli y porciones de manzana.

Cuando llevó las raciones alimentarias a las aves de la jaula número uno, estaba vacía, faltaban los cuatro canarios que dejó al inicio de realizar las tareas de rutina.

Muy sorprendido, asustado y apenado, el criador comenzó a buscarlos por diferentes lugares y rincones del criadero, ubicado en la azotea de la casa.

El criador, persona diabética e hipertensa, al no encontrar a sus engreídas aves, a las que trataba como hijas y formaban parte de la familia, presentó una descompensación, con mareos, visión borrosa y dificultad para permanecer de pie. Fue auxiliado por sus familiares, quienes le dieron sus medicamentos y lo llevaron a su dormitorio para que repose, mientras ellos se encargaban de buscar los canarios. El tiempo avanzaba, se venía la noche, buscaron por árboles, jardines y casas aledañas, sin encontrar rastro alguno. El criador, en su lecho de reposo, pensaba y se lamentaba de que sus canarios estaban expuestos a los peligros del ambiente, sufrirían las consecuencias del frío y, al no encontrar alimentos adecuados, se iban a morir.

El criador, un poco recuperado y con su salud estabilizada, pasó la noche casi sin dormir, esperando que pronto amanezca, para reiniciar personalmente la búsqueda de sus queridas aves.

Comenzó a preguntar a sus vecinos si habían visto a sus canarios, que se escaparon de su casa el día anterior. Uno de ellos muy amable, preguntó si eran de color amarillo, como es común. El propietario respondió, son de color rojo, dando detalles de cada uno de ellos: el macho es rojo intenso, todas sus plumas son de color rojo; la hembra es roja nevada, las puntas de sus plumas rojas son blancas, dando el aspecto de nieve; el rojo mosaico macho tiene concentradas las plumas rojas alrededor del pico y alrededor de los ojos, en los hombros, pecho y en la rabadilla, el resto de plumas del cuerpo son blancas; la rojo mosaico hembra tiene plumas rojas en la parte superior de los ojos, como si fueran cejas rojas, y escasas plumas rojas en hombros y rabadillas, dando la apariencia como si se tratara de una canaria blanca.

Mientras daba las explicaciones, los curiosos vecinos seguían llegando a indagar qué estaba pasando y a informarse de los hechos acaecidos. En el tumulto, un jovencito levantó la mano como pidiendo el uso de la palabra y contó que un pájaro grande bajó del cielo a gran velocidad, llevándose entre sus garras a un pajarito blanco con rojo. Se trataría de un halcón, quien se llevó el canario rojo mosaico macho, replicó el criador. Expresiones de lamento y tristeza se escuchaba entre los presentes. Una vecina que recién llegaba al grupo, al enterarse de los hechos, refirió que ayer dos gatos se peleaban y disputaban por comerse a un pajarito de color blanco. Sin duda, los gatos se comieron a la canaria rojo mosaico hembra.

Al escuchar las tristes noticias vertidas por la gente, el criador se cogió la cabeza con ambas manos, como tratando de sostenerla firmemente y se puso a llorar. Los vecinos y voluntarios lo consolaban, dándole palmadas y abrazos, compartiendo su dolor y pena por los canarios perdidos, pero con esperanzas de encontrar vivos, al canario rojo intenso y a la canaria roja nevada.

De pronto, como si fuera una orden del criador:

¡Por favor, silencio! estoy escuchando sonidos de lamento y agónicos, ayúdenme a levantar estos árboles y ramas.

¡Oh!, gran sorpresa. Efectivamente, al despejar matorrales y hierba seca, se visualizaron los canarios muy mojados y en estado moribundo. A pesar del lamentable momento, se escucharon hurras y aplausos, por el hallazgo.

El criador con especial cuidado, recoge los canarios utilizando ambas manos, para llevarlos inmediatamente al criadero, donde brinda cuidados intensivos, a base de calor; luego, agua con vitaminas y alimentos a base de quinua sancochada.

Lentamente, los canarios se restablecían, recuperaron su movilidad, aleteos y piar frecuente, bebieron agua y comieron su dieta blanda. Se habían salvado y el criador con mejor semblante, sonriente los acariciaba y besaba, mientras agradecía la colaboración, el apoyo y la ayuda de los vecinos.

Finalmente, al día siguiente, los dos canarios rojos son enjaulados, ante la algarabía y el bullicio de sus compañeros, como dándoles la bienvenida.

Nos amamos

Para Lucy

Tú sabes que te amo,
yo sé que me amas,
sin pronunciar palabra
enciende el amor... una mirada.

Sentir el calor de tus manos,
es saber que me quieres,
y a ti, solo leer en mis ojos...
que mi amor, tu eres.

Te regalo una flor
me regalas un beso,
tiembles y tiemblo,
las palabras se las lleva el viento.

La entrega, el sentir lo que nos pasa
y la verdad son tus valores,
con lágrimas, con risas,
en tiempos malos y mejores.

Así, nos llevamos de la mano
por caminos de abrojos y flores,
con esa paz y tranquilidad
que dan los grandes amores.

HUELLAS

Enrique Macher Ostolaza

*Por los años felices de
la niñez y de la adolescencia.*

¡Bufeos!

Las competencias acuáticas estaban a la orden del día en la parte baja del muelle. Mi hermano y yo ya sabíamos nadar bastante bien, así como tirarnos unos clavados y unas “bombitas” espectaculares, especialmente, si el chapuzón levantaba suficiente agua y fuerza, como para molestar a las chicas y provocar su reacción que en el agua no tenía la contundencia que podía tener en tierra.

Andábamos en eso, cuando el pescador, en el andén superior, advirtió la presencia de una escuela de delfines o bufeos –tal vez unos delfines nariz de botella o mular (*Tursiops truncatus*), o unos delfines comunes oceánicos (*Delphinus delphis*)– que se acercaban jugueteando como ellos lo saben hacer, dando saltos y haciendo acrobacias, para observar desde su ventajosa posición marina a esos humanos que también jugueteaban en las aguas. El hombre de mar nos aconsejaba que subiéramos al muelle para verlos mejor y para evitar alguna rudeza de los cetáceos, ya que la manada era numerosa. Todos volamos allá y, en menos de lo que canta un gallo, estábamos alineados al borde de los tablones, observando a esos magníficos mamíferos acuáticos dar vueltas cerca de nosotros, obviamente con el afán de “figuretismo” que los caracteriza.

De pronto, sentí una mano en la espalda que me propulsó al agua, donde caí aterrado y me hundí lo suficiente como para creer que me ahogaba. Salí dando bocanadas, sin aliento, buscando aire y braceando para acercarme al muelle, pero la corriente me había alejado y ya habían bufeos entre nosotros. El pescador me gritó que subiera al bote, así que nadé todo lo rápido que pude, pero, *alás*, ¡no podía subir! Los brazos no me alcanzaban para llegar a la borda con las manos y, cuando, finalmente, pude agarrarme, no me daban las fuerzas.

No recuerdo lo que pensé en esos momentos, pero sí que sentí mucho miedo, porque no creo que tuviera conciencia de que los humanos no son presas favoritas de los delfines y, en esos tiempos –por cumplir los ocho años– mis pesadillas eran de monstruos marinos. De pronto, en medio de mi desesperación, sentí algo que me empujaba hacia arriba y adelante y me ayudaba a montarme en el bote, era algo grande, sólido, pero no duro, áspero como lija y oscuro. Quedé como arrodillado y luego pude pararme en su lomo y dar el último brinco dentro del bote. Me senté exhausto en el banquillo y miré en la dirección hacia donde iba lo que me había empujado. Y, en un momento, lo vi sacar la cabeza del agua, darse la vuelta y mirarme. Hizo venias con la cabeza y hasta sonrió ¡Lo puedo jurar! Después se zambulló con los demás y siguió su ruta perdiéndose entre el oleaje, más allá del muelle. Siguieron saltando y jugando, hasta que no los vi más.

Entonces, me di cuenta que no escuchaba voces humanas, y hasta las olas estaban casi silentes. Cuando volví la mirada al muelle, todos miraban hacia el mar, como queriendo seguir a los delfines hasta el fin del mundo... hasta caerse por el horizonte. Finalmente, me buscaron con los ojos, no creyendo mi suerte de haber subido al bote por mi cuenta. Nunca me creyeron que el delfín me había ayudado, porque no lo pudieron ver desde su perspectiva en el muelle, excepto, tal vez, el pescador. Después de unas respiraciones profundas, me atreví a nadar de regreso al muelle y esta vez no tuve problemas para subir por las escalerillas.

Todavía quiero saber a ciencia cierta quién fue la canalla que me empujó. Pero ahora para agradecerle.

Un viaje quinceañero

Aunque, realmente, solo yo tenía quince años al momento de este viaje, he decidido llamarlo así porque todos éramos de la misma promoción del colegio y del mismo barrio, excepto Pelepe, que vivía cerca de Chorrillos, pero como siempre paraba con nosotros –y andaba templado de una de las chicas de la cuadra– se le consideraba como del barrio. El mayor era William o “el Gordo Billy”, quien ya había cumplido los 18 años en marzo de ese año. Después seguían Antonio, alias “Champo”, con 17, y Felipe, alias “Pelepe”, que tenía 16 en ese entonces, y que cumpliría uno más en dos o tres meses. A mí, por esa “ge de jota” de los muchachos y como era picón, me llamaban Dago, apócope de mi segundo nombre de pila.

Por supuesto que mi mamá no estaba para nada de acuerdo con ese descabellado viaje, pero el Gordo tenía muy buena labia y suficiente carisma como para convencer a mi viejo de que me diera el permiso. Tanto así, que fue él mismo quien nos llevó en el carro hasta el paradero del bus que nos llevaría hasta Tingo María, y de allí ya veríamos cómo nos íbamos hasta nuestro destino final a Pumahuasi City.

Verdaderamente que algo debió llamar la atención de mi padre al llegar al lugar, como a media cuadra de la Plaza Manco Cápac de La Victoria, pero como se hacía tarde, lo apuraron para que deje sitio para los carros de otros pasajeros que llegaban presurosos para abordar. Había algo en el ambiente aquella mañana de vacaciones de medio año, en el entorno de ese paradero de buses interprovinciales, que el menos avezado se daría cuenta de inmediato, pero a papá lo hicimos salir rápido y los cuatro nos trepamos rápidamente al bus para tomar nuestros asientos. Yo seguí el carro familiar con la mirada hasta

perderlo, pero lo vería luego dar la vuelta para seguirnos un trecho, seguro que cuestionando su decisión de dar el desaguisado permiso para un viaje de esa naturaleza.

Se anunciaba una huelga de choferes a nivel nacional por el alza del precio de la gasolina decretado por el gobierno militar de turno, luego de la nacionalización de las concesiones a las empresas petroleras del norte del país. Pero ya era muy tarde y papá tenía que ir a trabajar de todas formas.

Hubo algunos gritos y pleitos por pasaje sobrevenido, pero nosotros –en especial, Billy, que era el líder– mantuvimos nuestros puestos y no pudieron hacer nada para sacarnos, pues nuestros boletos estaban completamente en orden y el pasaje decía claramente: Lima a Tingo María.

Salimos a tiempo y todo hacía presagiar un excelente viaje porque el pasaje se veía contento y estaba muy hablador, aunque no todos se conocían entre ellos.

Era nuestra primera salida de la capital, a provincias, ¡solos! Y no cabía en mi pellejo de solo pensarlo. Por momentos, volvía la cabeza para ver si mi papá nos seguía para detener el ómnibus y sacarnos, pero eso duró unas pocas cuadras dentro de la ciudad y después me concentré en el camino. Eran las primeras horas laborales de un día de semana y el tráfico cercano al medio día estaba pesado, pero para nosotros, jovencitos escolares clasemedieros, de colegio religioso particular, el circular por esas calles desconocidas muy distintas de las de nuestro barrio barranquino, con verdes limpios, casas, calles alineadas y tránsito ordenado. Así como, ese fragor de motores fuertes, bocinazos estridentes y lisuras en cada dos de tres palabras, era todo un nuevo mundo. Sobre todo, para mí, que no tenía mucha “calle” que digamos.

Apenas nos encontramos sobre la Carretera Central, cerca del kilómetro cinco, nos dimos cuenta de que era el camino para los destinos de las vacaciones de la temporada de invierno de Lima, que nos llevaría hasta Chosica y sus alrededores. Cerca de la casa de retiro de los curas del colegio, en Santa Eulalia, a la que alguna vez nos llevaron de paseo. Una casa de campo grande, espaciosa, rodeada

de jardines y huertos y cerca del río, en la que uno se la pasaba de lo mejor, si no fuera porque siempre nos hacían trepar cerros y cansarnos al máximo para que no tuviéramos muchas fuerzas para los pleitos usuales.

Luego, los alrededores se hacían más extraños, aunque yo, ya había pasado por allí cuando tenía ocho años y, mi papá nos llevó a mi hermano y a mí, con su socio y su hijo, un poco mayor que nosotros y bastante más liberal a Huancayo, donde pasamos unos días muy divertidos en el entonces hotel de Turistas que quedaba a la entrada de la ciudad.

Las cosas, sin embargo, se iban a poner rápidamente color de hormiga, porque a un par de horas de camino, o tal vez tres, empezamos a encontrar piedras en la carretera, de las que al principio no nos dimos ni cuenta, pero hubo algunas paradas que nos fueron llamando la atención porque el chofer nos advirtió que nos quedáramos dentro del ómnibus mientras que, con su ayudante salían a retirar tales “pedrones”.

En un momento, nos pareció que estaban reventando cuetes, pero eran disparos de arma de fuego, lo que puso a todos los pasajeros al borde de un ataque de histeria. En una de esas paradas, ¡Billy tomó la carabina 22 que se había agenciado de otro amigo y la traía consigo –porque era el líder!– y salió detrás de los conductores, a regañadientes de nosotros, según él, a encarar a los malhechores asalta caminos.

Solo recapitulando, años después, vinimos a darnos cuenta que el tránsito en esa vía nacional, siempre tan concurrida, estaba casi desierto. Y algunas paradas del carro eran para que el chofer se informara, de otros choferes en sentido contrario, porque éramos, quizá, uno de los pocos buses en el camino, ya que la huelga había sido acatada por un porcentaje elevado de las compañías de transportes, tanto de carga como de pasajeros.

No bien se había bajado el Gordo del ómnibus, los conductores le gritaron que si estaba loco, que se metiera en la movilidad en el acto y que escondiera la carabina que tenía en bandolera. No habían terminado de resonarlo cuando se oyeron

algunos disparos de los francotiradores apostados a la vera del camino, incluso, hubo algún disparo que levantó polvo a poca distancia de los choferes, quienes se volvieron rápidamente al carro con el Gordo ya con un pie en el estribo. Así, las cosas se volvieron a repetir de trecho en trecho unas cuantas veces, quizás tres o cuatro, hasta que llegamos a San Mateo donde había una congestión de gente a la entrada, que pretendía abordar la movilidad. Pero, también hubo quienes se bajaron a pesar de que su pasaje era hasta Huánuco o hasta Tingo María, con la intención de regresar a Lima como pudieran o quedarse en el pueblo, porque ni de a vainas se iban a arriesgar a seguir el viaje en esas condiciones.

Nos habían recomendado, ni siquiera salir por el riesgo de encontrar nuestros sitios ocupados al regreso, pero el Gordo, se bajó nomás para averiguar más de la situación y Pelepe, como siempre le hacía caso, esta vez también lo siguió. Yo era muy atrevido y como estaba con un tobillo, medio en recuperación por una torcedura, me quedé con Champo cuidando las cosas.

Creo que hicieron bien en bajar, porque los pasajeros que se quedaban exigieron que se sacara la lona del techo y empezaron a bajar maletas y bultos sin importarles las de los demás, dejando muchos en la vereda, entre ellos los nuestros que Pelepe divisó y dio aviso a Billy, entre ambos los volvieron a subir, fijándose que se amarrara bien la lona.

La gente estaba muy inquieta porque se oía decir que los grupos más belicosos, cometían asaltos y algunos, un tanto más violentos, habían hecho regresar a algunas unidades a sus puestos de inicio. Solo más tarde comprenderíamos porqué, nuestro chofer y su acompañante al parecer un hermano menor, por la apariencia, se atrevían a continuar el camino. Comimos unas galletas del lugar y compramos unas botellas de su famosa agua mineral, así como los alfajores de miel y de manjar blanco, tan comunes en los caminos de nuestra patria.

Con todo este ajetreo, la tarde se nos echó encima y pronto se hizo de noche por lo oscuro que se puso el cielo, aunque solo fuera cerca de las seis. La carretera se hizo silenciosa con solo el monótono ruido del motor y un ocasional carro en

sentido contrario. La subida se hacía cada vez más empinada y serpenteante, y el pobre Pelepe se fue descomponiendo de a pocos hasta tener que hacer parar el carro para que pudiera vomitar. Estaba lívido como una hoja de papel y hasta tembloroso, y acurrucado en su asiento, pegadito al Gordo, para aliviarse un poco como si regresara. Los demás tampoco la pasábamos muy bien, aunque debo decir que el Gordo y yo, nos mantuvimos muy atentos, porque Champo no estaba de lo mejor, pero como siempre fue muy acomodaticio, se abrigó muy bien con la frazadita que la señora Blanquita le puso al final de sus cosas y, acurrucándose contra la carrocería, cerró los ojos y dormitó casi todo el camino.

Para mal de nuestras culpas, en una curva muy cerrada, una de las llantas golpeó una piedra dejada en el camino y se reventó, causando terror en la mayoría de los pasajeros que, prácticamente en su totalidad dormitaba como nosotros. La verdad fue un gran susto porque hubo un viraje forzado en plena curva y un claro desnivel en el andar del coche, que se ladeó un tanto, pero en favor del lado contrario de la curva, es decir por el lado interno de la vía, y en unos metros el chofer lo detuvo, aunque muy cerca del precipicio, sobre el hombro de la carretera. Como antes, se nos ordenó quedarnos dentro del vehículo mientras los conductores cambiaban la llanta y esta vez nadie chistó ni hizo el intento de ayudar, ni se ofreció para hacerlo. Los hombres del timón hicieron su tarea en un santiamén, con la experiencia acumulada de los viajes ruteros en nuestras pistas. Aprovecharon para hacer una inspección con sus linternas de las otras llantas, de la carrocería y del interior del capó y, prontamente, reemprendimos el camino. En esos breves minutos, la mitad que no dormía cayó en un tranquilo sueño. Yo me desperté en la siguiente curva, con una acomodada de Champo, que me golpeó el brazo y me sacó de mi precario equilibrio. El Gordo roncaba y Pelepe respiraba más tranquilo a pesar de que seguramente habíamos ganado altura, porque no se despertó en ningún momento del episodio ni con el reventón de la llanta, o el cambio de la misma, o el traqueteo de la vuelta al camino, desde ya, aventurero.

No estaba muy seguro de por dónde andábamos porque, para entonces, ya había visto la altura de Conococha, el punto carretero más alto del mundo, dicen, donde está el desvío a Jauja para seguir a Huancayo y del otro lado a Tarma y Cerro de Pasco. Desde ese punto, la carretera se hacía más recta y en leve declive, pero la neblina era espesa y con las justas alcanzaba a ver partes del camino aún sin asfaltar, así que el polvo que se iluminaba con los faros del bus, le daba a la proyección un aspecto fantasmal.

A partir de ese punto, ahora sí, todo sería nuevo para mí porque nunca había estado por esos lares de la patria.

Teníamos como tres horas de retraso en nuestro itinerario, porque ya era como la medianoche cuando llegamos a Huánuco y se suponía que debimos llegar a las ocho para continuar a Tingo María. Recién entonces, el chofer nos hizo saber que el viaje terminaba en Huánuco porque la carretera estaba totalmente cerrada por los huelguistas. Pero la verdad de la mermelada, era que él tenía a su familia en Huánuco y no iba a dar un paso más hacia la Selva.

Estábamos muertos de hambre y de cansancio, así que recogimos nuestras cosas, felizmente todas, y nos pusimos a buscar comida y alojamiento, sin suerte. Solo nos atendían por las ventanitas de las puertas o por las puertas entreabiertas de los sitios que tenían rejas a la calle. Con las justas conseguimos unos paquetes de galletas, unas gaseosas y algún chocolate que compartimos.

Habían, los que se arriesgaban a transitar hacia nuestro destino, pero no tenían sitio para nosotros o pedían lo que no teníamos como pasaje. Luego de unas vueltas por ahí, nos sentamos en el parque a dormir el cansancio. Nadie se quejó de nada más.

A eso de las tres y media de la mañana, alguien nos pasa la voz de que un camión iba a bajar a Tingo y justo tenía la tolva vacía. Parece que era uno de los pocos cuya familia se había quedado sin movilidad de subida y los iba a recoger. Cuando llegamos donde estaba estacionado el camioncito, efectivamente, la

tolva estaba casi vacía, pero había un buen número de paisanos que querían pasaje. Entre ellos había un chiquillo, como de nuestra edad o algo menor, que cargaba una caja que le pesaba, así que me acomedí a ayudarlo, lo que inicialmente despertó sus sospechas y me rechazó de inicio, pero al ver que el camión arrancaba el motor, no le quedó otra que dejarse ayudar. Sin embargo, al momento de depositar la caja en la tolva, se le levanta la tapa y pudimos ver que se trataba de una caja de latas de leche evaporada que el niño llevaba para sus hermanos menores a un caserío por Tingo. Puso carita de desolación y supongo que pensó que lo que había protegido con tanto ahínco lo podría perder, especialmente porque también subió a la tolva una familia de dos adultos y dos niños pequeños, que vieron la escena. No tardamos en poner a buen recaudo su caja y de acomodarnos para descansar. Lo último fue imposible, porque la pista no era de lo mejor, había llovido y quedaban múltiples baches y el chofer llevaba prisa porque tenía que regresar al toque de Tingo.

Cuando partimos ya debían ser como las cuatro y media de la mañana y en poco tiempo empezó a clarear. ¡Dios mío! ¡Qué espectáculo! Hacía frío, la bruma era espesa, solo se oía el ruido fuerte del motor que iba en marcha corta, porque todo era en bajada. Después de una breve subida, pudimos divisar un conjunto de cerros y colinas que dibujaban el perfil de una mujer, la Bella Durmiente.

El traqueteo de la tolva nos obligaba a tomarnos fuertemente de las barandas laterales y prestar atención a nuestro alrededor. El sonido de la selva se hacía cada vez más ensordecedor. Los monos, que a veces veíamos saltar por entre los árboles, eran los más chillones. Por momentos clareaba un espacio entre la niebla y las nubes y pudimos ver alguna que otra estrella y hasta las fugaces, algo que nunca vimos antes. El resplandor de los rayos de sol cortó literalmente la espesa bruma e iluminó al minuto el sendero. Las plantas, las flores, ¡las orquídeas!, nos empezaron a azotar la cara. La belleza de sus formas, sus colores, sus perfumes... fue, por supuesto, algo que no olvidaremos: la sensibilidad de la adolescencia a flor de piel.

Arrobados como estábamos, fuimos dándonos cuenta de los cambios sutiles en la naturaleza de nuestro entorno conforme nos acercábamos, de nuevo, a la civilización.

Tingo María era entonces un pueblo de no más de treinta mil habitantes, contando los alrededores. Sin embargo, tenía un encanto que para nosotros era nuevo. Todo lo que no eran pistas y veredas, era verde, colorido, alegre. Era temprano esa mañana que llegamos, pero había movimiento. Sin embargo, no parecía que hubiera tanto carro circulando y los chicos, también de vacaciones del colegio, como nosotros, no se veían mucho por el poblado. Nos metimos en un restaurante que nos pareció aparente y tomamos un desayuno completamente diferente al de casa, con tazones de fierro enlozado con leche fresca caliente y café a voluntad, azúcar rubia –ninguno la conocía–, unos jugos de frutas, como papaya y plátano, pero de sabores distintos, panes serranos y lonjas de chicharrón recién salido de la paila. Mientras tanto, íbamos preguntando por direcciones para llegar a nuestro destino, Pumahuasi City, y si no conocían a un tal ingeniero agrónomo Federico Gómez Sánchez, primo lejano de la mamá de Pelepe. Sí, claro, conocían Pumahuasi, pero no habían oído hablar del tío Federico. Lo mejor fue que no quedaba muy lejos, “aquicito nomás” detrás de un par de cerros y algunos riachuelos. Por supuesto, al único que se le ocurrió preguntar por movilidad y tiempo de viaje fue a Champo.

Pero, ahora, la huelga nos causó un estropicio, porque a falta de carros o porque no salían o por falta de combustible, solo había acémilas, pero nadie quería ir tan lejos. Finalmente, nos recomendaron un par de guías, ¡para ir a pie! Y que mejor saliéramos ya porque la marcha tomaría varias horas, entre cinco y siete, según nuestra velocidad y resistencia. Además, no debíamos llegar luego de la caída del sol porque, todavía había tribus a las que no le gustaban los intrusos. Todo esto aderezado de anécdotas, ciertas o no, que hacía que se nos pararan los pelos de punta.

Salimos cerca del mediodía y empezamos a caminar por el pueblo, hasta que cada vez las casas se distanciaban más entre sí y nos adentramos en una selva

cada vez más espesa. Con toda seguridad, nos hubiéramos perdido en el primer recodo de un riachuelo, de haber ido sin guía, sobre todo, por mi culpa. No solo porque no caminaba tan rápido como ellos, que podían hacerlo, sino porque de los cuatro era el que más se asombraba por la maravilla de nuestro alrededor, especialmente, cuando el guía nos hacía observar cosas que se nos pasaban, inadvertidas, como sapitos del tamaño de la uña del dedo gordo o ranas gigantes que se mimetizaban con el follaje y las piedras de los riachuelos que cruzábamos, cada vez más abundantes. Más de una vez, a alguno de nosotros nos llamaban la atención porque queríamos tocar algún insecto, generalmente una oruga gigante de colores iridiscentes, muy brillantes y sedosos, que parecían hechas para ser adorno del cabello de las chicas. Eran venenosas. Así que, de haberlas tocado la hubiéramos pagado caro, primero por un intenso dolor agudo, como de miles de punzadas pequeñísimas, después por la gran hinchazón que se habría producido y durado varios días, sobre todo porque no íbamos a encontrar antídotos o desinflamantes o una farmacia.

Bueno, pero como ustedes saben, la selva tiene muchísimos peligros, sobre todo, para unos incautos y desaprensivos como nosotros.

Por supuesto que vimos muy de cerca varias serpientes, algunas muy venenosas como la loro machaco y las shushupes, de varios tamaños y brillantes colores, y enormes tarántulas que nos aterraban. Ni qué decir de las aves, desde los maravillosos colibríes pequeñísimos hasta los enormes como los loros, las ucharas, los tucanes y muchos más. También aves de rapiña muy agresivas que se acercaban a ver qué llevábamos encima y si valía la pena el ataque o no. Los guías las espantaban a pedradas.

Los bocinazos

Esa mañana había amanecido sumamente brillante desde temprano, y los colores de la naturaleza parecían pintados con tonos particularmente nítidos, lo que hacía que los contrastes se dibujaran de manera espectacular en esa naturaleza que entraba en un otoño cálido aún. Luego del desayuno irían al lago Yunka, a caballo, con mochila provista de ropa de baño y toalla, por si acaso.

Todo marchaba como se había establecido. Los caballos esperaban inquietos, muy bien enjaezados, pero con aperos livianos, ya que el trote sería de por lo menos dos horas por tramo. Aparte, les habían provisto, para cada cabalgadura, otro saco con comida para el almuerzo y hasta un refrigerio para el regreso. Las bebidas iban en termos adecuados para la temperatura del contenido. Nada podía salir mal. Gina y Roberto partieron por delante porque eran quienes ya habían estado en el lugar de su destino. Nella era la tercera y la que menos sabía de caballos, y Jorge los seguía, cerrando la marcha. Pronto el camino se hizo más áspero y tuvieron que ir formando fila india. En el cerro del frente de la casa hacienda de donde salieron, a mitad de la subida, escucharon los bocinazos de un coche que llegaba a la estancia. Eran bocinazos conocidos. Los cuatro se volvieron inquietos en sus monturas y se miraron entre sí. Nella dijo que deberían regresar, pero los otros tres se negaron y le dijeron que no tenía por qué preocuparse, que en la casa sabían lo que tenían que hacer si realmente Augusto quisiera darles el alcance. Al llegar a la cima vieron movimiento en el patio de la elegante casona, donde se parecía preparar la parrilla para el día siguiente. Pero el movimiento se les antojó, sobre todo a las muchachas, por decir lo menos inquietante. No tenía sentido dar marcha atrás, así que anduvieron el resto del camino, en suave pendiente, con mejor ánimo, especialmente, porque ya no se veía la estancia.

Llegaron a borde del lago donde se había construido un planchón a modo de muelle, que terminaba en un gran ensanchamiento a unos veinte metros de la orilla. La cabaña estaba en perfectas condiciones porque doña Teresa había dispuesto su arreglo, sabiendo que los chicos querrían ir a pasar un rato por allá. Los cuatro se mostraban contentos de haber llegado y se pusieron a discutir acerca de lo que harían. Se quitaron las botas de montar y fueron caminando hasta la terraza del muelle, el que ya tenía instalada sendas escaleras a cada extremo de lo ancho y los pilotes de madera que harían de soporte para el futuro techo. Sin embargo, se podía percibir un tono de preocupación entre ellos y pareciera que la sombra del sonido de los bocinazos los había seguido hasta este idílico lugar. Para alegrar el momento, Roberto no tuvo mejor idea que empujar a Jorge al agua, con ropa y todo. Por algo eran mejores amigos y no era inusual bromas de este tipo entre ellos. Luego, quiso hacer lo mismo con Nella, pero entre ambas chicas lo empujaron a él. Desde el agua, los muchachos instaban a las chicas a que hicieran lo mismo. Así que lo hicieron. Despojándose de la ropa primero. Por supuesto, los cuatro terminaron desnudos en el agua y retozaron a sus anchas por largos minutos. Después de todo era ya como el mediodía y el sol quemaba. Sin embargo, Nella no podía de dejar de escuchar los bocinazos en su cabeza. Gina se daba cuenta de la zozobra de su amiga e intentaba distraerla todo lo que podía, lográndolo a medias. Subieron al puente, pusieron a secar las ropas y se prepararon unos tragos con el contrabando de pisco que llevó Roberto y el de vodka, que contrabandéó Jorge. Almorzaron la comida fría que les preparó la señora Elena y se acomodaron en las hamacas bajo los cauchos enormes que les hacían de soporte. Cada pareja en una hamaca. A pesar de la congoja de Nella, hicieron el amor sin importar la presencia de los amigos que, por lo demás, andaban en lo suyo. Y durmieron largo rato. Nella fue la primera en despertar al cabo de un par de horas, seguida por Gina. Los muchachos se estiraron en sus lechos y siguieron durmiendo cuan largos eran. Las chicas tuvieron que taparlos con las toallas para cubrir sus vergüenzas. Y hablaron. Gina se había contagiado de la ansiedad de Nella y compartían sus experiencias con Augusto, temiendo que este las hiciera pasar un mal rato al llegar de regreso.

Se volvieron a bañar desnudos y momentáneamente se olvidaron de todo. Se vistieron de vaqueros nuevamente y montaron sus corceles. El regreso fue cada vez más lento. Las nubes del atardecer bucólico ya no les parecían tan bonitas como a la ida. Los cuatro temían una escena difícil a su regreso y al encuentro con Augusto. Llegaron cuando el sol todavía enviaba grandes rayos a través del follaje de los enormes shihuahuacos y palmeras alrededor de la enorme piscina y del patio de parrillas.

Para darse valor, los cuatro juntos se dirigieron a la sala de donde venía el ruido de la música, ya a todo volumen. Los recibió el papá de Roberto y les dijo que fueran a saludar a Augusto, que había llegado esa mañana. Este se dio vuelta y con una gran sonrisa los saludó muy contento. Había venido por invitación de los Amécta, pero Agustito se había quedado en la ciudad con su novia. Ah, les manda muchos saludos a todos, parece que se casan pronto.

HUELLAS

Guillermo Olivos Olguín

*Con profunda admiración y agradecimiento,
dedico mis atentos literarios, a este grupo de amantes de
las letras que adornan este libro con sus trabajos.*

*En especial, quiero reconocer el apoyo incondicional que
hemos recibido del doctor Luis Vega Condorchúa*

La muñeca de trapo

No podría decir con certeza, si era yo quien estaba observando o viviendo aquel dulce momento matizado con emociones tiernas y a la vez tristes.

En una amplia sala con adornos navideños, en un sillón reclinable estaba un anciano y a su lado, sentada en un banco pequeño, una niña, tal vez de cuatro años le preguntaba:

-¿Abuelito, donde tu naciste se celebraba Navidad como aquí?

El anciano dirigiendo su mirada hacia la dulce criatura, con gran esfuerzo le contestó, mientras trataba de despertar recuerdos que habitaban los oscuros rincones de su almacén de vivencias pasadas.

-Sí, mi hijita, donde yo nací, celebrábamos Navidad, pero en forma diferente.

La niña, con la curiosidad reflejada en el tierno rostro, le pidió que le dijera cómo eran entonces las costumbres en los pueblos donde vivió. El anciano le respondió:

-Déjame que te cuente...

En nuestro pueblo, estábamos acostumbrados a celebrar las fiestas de Navidad en familia, que en ese entonces duraban seis semanas. Nos reuníamos para juntos rezar y cantar alabanzas al venidero Niño Jesús. En mi humilde hogar, era, la tía Elvira quien preparaba y dirigía la construcción del nacimiento y guardaba en un baúl los elementos esenciales para ornamentar el pesebre. Además de los adornos básicos, se sembraban en latas cilíndricas semillas de diferentes vegetales, que florecerían durante las seis semanas de la celebración y; representaban la veneración y gratitud por parte de la naturaleza.

Mi familia se mudó a Lima un año después del famoso terremoto del “cuarenta” que azotó la capital y lugares cercanos. En ese entonces, tenía once años, edad suficiente para darme cuenta que nuestra situación económica no permitiría

esperar regalos navideños. Me preocupaba pensar en mi hermana menor, recién había cumplido cuatro años, estaba muy delgada y padecía de constantes resfrios. Esa dulce criatura mostraba gran curiosidad y entusiasmo acerca de la inminente venida de los Reyes Magos y estaba ansiosa de saber qué regalos le traerían.

El último domingo, antes de mudarnos a la capital, nuestro abuelo vino a visitarnos y al despedirse después de desearle buena suerte a su hija, nuestra madre, nos dio la acostumbrada propina. Mi abuelo siempre me daba un real (diez centavos). Esta vez, acercándose a mí, sonrió y sin preguntarme, cogió de mi mano el real que me había dado y en su lugar puso una peseta. Yo no dije una sola palabra y la guardé en mi bolsillo ... más tarde la contemplaría.

Ya en Lima, pensé que tal vez podría encontrar un regalo navideño para mi hermanita con ese dinero. Cómo ya se acercaba Navidad, traté de averiguar cómo podría encontrar un lugar que vendiera juguetes a bajo precio. Algunos de mis amigos en el colegio, donde tardíamente me habían matriculado, me dijeron que en una plaza llamada San Marcos, donde quedaba la Universidad, unos comerciantes vendían en sus puestos juguetes a precios cómodos. Entusiasmado, me dirigí al lugar, pero luego de una larga caminata para llegar, me sentí decepcionado al comprobar que los juguetes más baratos costaban más de un sol.

Mucho más tarde, con renovadas esperanzas, me enteré por unos vecinos, que los sábados, generalmente en las noches, después de los matrimonios y bautizos en las iglesias, padrinos jubilosos, tenían por costumbre tirar monedas en el aire. La gente joven, alegre y bulliciosa corría en su busca. Hubiera querido ir allí esperando coger algunos reales o centavos, pero esas ceremonias se celebraban en la noche y nosotros no teníamos permiso para salir de la casa a esas horas.

Pensando que sería posible encontrar algunas monedas si yo fuera a la iglesia al día siguiente, muy temprano, le dije a mi madre que quería ir a misa los domingos a primera hora. Esperaba encontrar las que, por la oscuridad de la noche anterior, los muchachos en su búsqueda frenética, no las hubieran hallado.

Así, cada domingo, muy temprano, antes de entrar a la Iglesia para la Misa, meticulosamente buscaba en los rincones del templo, en las veredas, entre las

losetas y en las áreas cubiertas de césped, las ansiadas monedas. Necesitaba más de una peseta ya que tenía muy pocas monedas. A pesar de todo mi esfuerzo, ni un centavo pude encontrar.

Vi con tristeza pasar la Navidad y el Año Nuevo, sin conseguir lo suficiente para mi regalo. Esperanzado, iba todos los días a la plaza de San Marcos, para ver si podía conseguir algún juguete con la única peseta que tenía, pero en todos los puestos de venta me decían que no había ningún juguete que costara tan poco. Muy desanimado, regresaba a la casa, donde mi madre ya muy preocupada, me preguntaba dónde iba todas las tardes después de almuerzo.

Llegó el cinco de enero y me lamentaba no haber podido comprar algún regalo para mi querida hermana. En mi última visita a la plaza, muy decepcionado vi que todos los puestos de venta de juguetes estaban cerrados, indicándome que ya habían terminado las festividades navideñas. A diferencia de las costumbres de nuestro pueblo, en Lima los regalos eran colocados alrededor de los nacimientos o al lado de las camas de los niños la noche del 24 de diciembre. Nosotros estábamos acostumbrados a poner nuestros zapatos, cerca de las ventanas en la noche del cinco de enero, esperando que los Reyes Magos después de entregar sus regalos al Niño Dios, dejaran algo para nosotros.

De regreso a casa, en una esquina, vi a una humilde mujer vendiendo frutas y verduras con su niño que jugaba con unos muñecos de trapo. La vendedora se dio cuenta que yo estaba muy triste, me llamó y me ofreció una chirimoya. Le dije que solo tenía una peseta y qué con ese dinero, había tratado fútilmente de comprar algún juguete para mi hermanita, pero no lo había logrado. Señalando que me acercara, muy silenciosamente me dijo:

“Este mi hijito, tiene dos muñecos de trapo, pero solo juega con el muñeco que se le parece a él. A la muñeca no le hace caso y a veces me la da a mí, diciéndome que yo juegue con ella”.

“Niño, llévate la muñeca, mi hijo no quiere jugar con ella”.

Le ofrecí la peseta que había estado en mi bolsillo desde que salí de mi pueblo, pero no quiso recibirla y me dijo:

“Llévate la chirimoya también”

Entusiasmado, corrí hacia mi casa, le di la chirimoya a mi madre, quien se quedó sorprendida y rápidamente fui a esconder la muñeca debajo de mi almohada; más tarde la pondría junto a los zapatos de mi hermanita. Estaba repitiendo la costumbre de nuestro pueblo, el dejar los zapatos cerca de la ventana para facilitar la entrega de los regalos.

Mi nieta que estaba a mi lado escuchando lo que yo creía recordar, me preguntó:

—¿Qué es una muñeca de trapo?

Yo le contesté:

—Creo que en tu país la llaman “rag doll”.

Perdido en mis recuerdos, en esa amplia y hermosa sala, donde se imponía majestuosamente un árbol de Navidad iluminado con luces parpadeantes de muchos colores. Rodeado de paquetes de regalos de diferentes tamaños, colores y formas esperando a sus dueños, vi de pronto aparecer, una neblina espesa que gradualmente lo cubría todo. Más tarde, cuando el ambiente recobró su claridad, me alegré al ver aparecer la imagen de aquella vendedora de frutas, que dulce y generosamente me había regalado la muñeca de trapo y una chirimoya. Pero la voz de mi nieta me despertó al preguntarme:

—¿Estás llorando abuelito?, no me has dicho si a tu hermanita le gustó la muñeca de trapo?

Sin pensarlo, le contesté:

— Si, le gustó, le gusto tanto que se la llevó con ella.

La niña se quedó callada por un momento, pero luego me preguntó:

—¿Abuelito, a dónde se la llevó?

—No te lo puedo decir ahora, mi linda avecilla, otro día terminaré de contarte el cuento.

Mi madre y sus recuerdos

Nuevamente al acercarme a ella
con su media sonrisa y sin mirarme,
me llamó ausente de mi
nombre... hermano,
y a su marido que ya se había ido,
lo llamó padre
... que viejo está don Juan.

Sus manos esculpiendo venas y
tendones,
con manchas expertas de
recuerdos de escobas, de planchas y cocinas,
temblando se acercaba
El Comercio a sus ojos,
a lo Teodolinda... linda abuela.

¿No te quedas a comer?,
todo está listo.
Tan lejos que queda el camino
hacia Laredo.
Al llegar saludas a Tula y a sus hijas.
¡Que viejo que se está poniendo
mi hermano!
Pero siempre lo he de ver joven y
hermoso.

Donde estará Octavio,
él siempre ausente,
acaso en Acarí o tal vez en Moquegua.
No ha mandado papas ni vino, ni aceite.
Por favor, que no se entere Elvira, que
en ese rincón está rezando todavía.

La sala se pone más oscura cada día,
¿Habrá Oscar pagado la casa, la luz?
Y estos mis ojos que míos ya no son.
¿Estaré en Laredo o en Jesús María?

La mecedora está meciendo
mi memoria.

Y en mis retazos de memoria
está Chan Chan,
allá en el valle con su
iglesia solitaria.

¿Enterraron acaso en la ardiente arena
a indios y peones?

Dicen que los huesos en la noche brillan
como si farolitos fueran.

Se aparta ya de mí, el continuo lazo
que une fragmentos de mi mente,
y mis palabras se perderán en ecos
como sombras que se van derritiendo,
para volver a congelarse una vez más.

Haya hablador adorado y “apristado”,
se quedó solo, aprisionado de haber
habido, tenido, adormecido,
de caudillos sin nombre;
arrastrando a creyentes,
ignorantes peones
que marchaban con adulzados machetes.
Y aquel partido sin alma
repartido se esfumó.
Más, los esqueletos de peones
tendidos están en playas arenosas,
vecinas de Chan Chan.
Las mismas en que los mochicas murieron,
encendiendo alegres farolitos con sus huesos.

Ese Sánchez que quiso y no pudo ser cerro,
porque los que saben dicen fue de fierro.
Y en la cumbre de un Huanchaco olvidado,
está la iglesia que de ausentes
se queja y en el fondo,
los restos del que fue el deán Saavedra
que se acercó rezando y
Rezando... para calmar amenazantes,
turbulentas aguas que poco a poco se fueron,
secando, secando.
Ya no llega el mar hasta los laureles e
higueras guaridas de duendes y
de un Patiño con “yanques”,
aquel tuerto, cojo solitario de dunas
caminante.

Gobernantes sin conciencia,
sin pena y sin memoria alarmante,
porque siempre en Laredo
a Don Pancho lo acusaron de amante,
y a la hora del almuerzo lo buscaban
en las esquinas mezquinas y distantes.

A las leguas viene cansado ya Leguía,
muy anciano de política,
estreñado y podrido.
No más oncenios por favor,
el pueblo gritaba,
pero los políticos con alas,
seguirán viniendo.
Por favor apúrense y cierren las
puertas.
Que el Perú se está muriendo.

Y los pobres sin esperanza quedaron
en mañanas llenas de noches sin espera,
y sus hijos barrigones de hambre y de justicia,
morirían temprano en las calles polvorientas
o en sus cuartos oscuros sin esteras.
El sol sigue de sed quemando a los desiertos,
y en las noches la luna es tibia en su derroche,
blanqueando dunas, higueras,
claveles y tunas.
Por estas tierras arenosas no llega
lluvia gruesa, pero ha de llegar

algún día, una tarde... que será.
Abre bien los ojos en el despertar de
tus caminos,
y si llueve, hunde tus manos en la tierra mojada,
respirando profundo acostado en los surcos.
Abraza a tus hermanos, vecinos y
a los que no son.
Ama, respeta, medita y,
por favor, actúa pensando.

Si no eres tú,
los tuyos que han de venir serán
los que abran los surcos y
siembren las tierras mojadas.
Los que alberguen a las almas solitarias,
los que verán con tus ojos,
oirán con tus oídos.
Déjalos pues caminar y
seguir sus propias huellas.
Y la novia ya madre,
vestida de salubre espuma,
cerca al muelle y de la luna,
se hundirá lentamente junto a
pejerreyes, chitas y delfines
en playas amigas, diurnas,
frente a esa iglesia testigo
de su inocente amor sin lamentos,
de su andar y sacramentos...

Madre ausente

(camita suave)

La noche, al convertirse en mañana,
me llevó a través de callejones de
esteras,
cual túneles oscuros, embrujados
escondrijos
con filtrados tenues de luces
perezosas.

Sentí un miedo ancestral, primario,
de susto a sombras con inquietud de
espera.

Me preguntaba en silencio, si aún
estaba su alma
presente en los rincones de ese
cuarto, en sus esteras..

Sabía que habría de ser el primero
en dormir en esa cama, viva aún
con el recuerdo de mi madre.

Muy angustiado, triste y confundido,
vi mi agonía transformarse en una
mueca débil, triste de payaso agotado.

Bien podía haber sido la una o las
cuatro de la mañana, noche caliente
de ventanas abiertas. Una brisa tibia
movía en vaivén las cortinas
transparentes,
guardianas temporales de oscuridad y
de luz.

Desde lejos, acompañando sombras
se escuchaba un cansancio de
 huainito
 con sus notas monótonas,
 embriagadoramente tristes.
mezcladas con el ruido torrencial de
atrevidas motocicletas roncadas, que al
 escupir
 maldecían los dos lados de la
 penumbra.

En la soledad oscura de ese cuarto,
 como un penitente reclamé su
 presencia,
pero nunca fue delatada su imagen
 terrenal.

Tuve miedo del ruido de mi respirar
 profundo
 y de los latidos de mi corazón
 atormentado.

Sentí, en ese instante, la inmensa
 angustia
de que mi presencia perturbara su
 sueño.

Y yo, que esperanzado buscaba su
 alma,
me hundí en el vacío de obligados
 sueños.

Mi nuca al apoyarse en esa almohada,
la misma que absorbió sus últimos
 suspiros,
 fija en el **más** allá, mi mirada
atravesó los techos bajos de la casa.

Tu siempre fuiste ajena a este mundo,
desde las sombras contemplabas
nuestras vidas.

¿Por qué es que no sentí angustia,
desesperación, ni pena?

¿Por qué es que no estallé en gritos
o lastimeros llantos?

Fue porque siempre sentí, de tu amor,
la límpida ternura y nunca fui
por tu presencia o tu ausencia
amenazado.

Mujer de sonrisa inexplicable, sombría,
enigmática y triste.

Tu siempre fuiste como esos seres místicos
que caminan a través de las cosas.

Sombra dulce y tibia que acaricia al acercarse,
llanto apagado que no alcanzo a definir.

Tú tienes huanchaquera l
la permanencia del tiempo.

No hubo comienzo ni final
en tu discurrir sin aventura.

Tu presencia siempre fue
callada y sin caprichos,
como sombra ondulante,
permanente, eterna,

sin contrastes, sin tormentas, sin ruidos,
despojada de pasiones...

Acariciada por las brisas del puerto
siempre he de verte,

hundiendo tus pies descalzos
en la arena mojada mientras,

los caballitos de totora se pierden
entre olas espumosas....

Soliloquio

Arrastrando voy a mi manera mis
trastes,
escaso de memoria y de amores
ausente.

Debe ser el invierno del cuerpo y del
alma
que por conveniencia llamamos vejez.
Vanos recuerdos de ayeres dolidos,
desprovistos ya, de milagros y arco
iris.

Quedan solo los destellos de luces
agoreras
en rincones oscuros, ausentes de
esperanza.

Lentamente voy camino hacia el
desierto
de montañas ignoradas, de mares
ausentes
con la piel arrugada de vergüenza,
y unos ojos ciegos para no ver el
futuro.

Carcelero es el tiempo que ya poco
queda,

ahora que siento pereza de músculo y
cerebro
¿Para qué entonces, he de asomarme
a esa ventana que avista un futuro
desierto de esperanza?

HUELLAS

Dora Paredes Sarango

*A Dios,
a mi hija Luisa,
a mis nietos, Elías y Rafaela,
motivo de mis alegrías.*

Mi tío Pedro

Cuando era niña, me gustaba que mi madre me contara las historias de la familia y cuando me quedaba sola en casa con ella, empezaba a relatarme acontecimientos que a mí me parecían alucinantes. Uno de esos singulares relatos es el siguiente.

La familia de Graciela vivía en un pueblo llamado La Huaca, en la provincia de Paita, departamento de Piura. Es muy pintoresco al borde del río Chira. Está rodeado de frondosos algarrobos, sembríos de maíz y cocoteros. Allí está La Huaca, con su conjunto de casas de barro y caña, algunas de ladrillo y pocas de estilo colonial y balcones de madera.

Su gente, era la mayor parte de campesinos y unos pocos hacendados, dueños de esas ricas tierras y de las elegantes casonas señoriales de grandes salones y terrazas donde reposaban en las tardes, tomando el fresco después del almuerzo.

Mi madre y mis abuelos vivían al final de la calle principal del pueblo donde habitaban también las principales familias.

Mamá me contaba: “Mis padres tenían una panadería y dulcería donde todo el pueblo acudía a comprar el pan calentito y los dulces más apreciados del lugar (gofios, empanadas de azúcar, chumbeques, suspiros, alfajores de piña, acuñas, jaleas), que yo llevaba al colegio fiscal donde estudiaba la primaria. Cuando salíamos del colegio, lo hacíamos cual bandada de palomas, en grupos bulliciosos de chiquillos e íbamos en el camino, contándonos nuestras travesuras.

Un día Juanita, la más palomilla y osada, que era mi mejor amiga, me dijo:

–¡Graciela! ¡Vamos a ver a tu tío Pedro a la casona!

–¡Sí, vamos! –dijeron todos.

Mi tío Pedro era un hombre de unos cuarenta años, corpulento, bonachón, de tez blanca y ojos acielados. Era muy alto, cabello ralo, nariz aguileña y mirada dulce. Hombre bueno, cuyo vicio era beber “chicha de jora” hasta emborracharse, luego se quedaba dormido en el chicherío donde tomaba. Esta situación la había observado bien Felipa, la dueña de la picantería más frecuentada por el tío.

Felipa creía en “los entierros”. Cuentan en este pueblo que la gente pudiente guardaba sus joyas o dinero debajo de la tierra; y a veces se morían y nadie se enteraba donde quedaban sus bienes. Ella creía que el dueño anterior de la picantería había dejado “un entierro”, porque por las noches, en la oscuridad de su candil y el silencio, escuchaba ruidos extraños que salían de las paredes de la casa y según ella, amanecía con la cabeza del lado opuesto al que se había acostado. Esa era una señal de que el difunto quería que ella encontrara “el entierro”.

La zamarra de Felipa urdió un plan para encontrar el ansiado tesoro y puso una hierba llamada cimora, con efectos alucinógenos, en la chicha que le sirvió esa tarde al tío Pedro, con el propósito de que él viera y le dijera el lugar exacto donde estaba la herencia del difunto.

Parece que la astuta Felipa le dio más cimora de la debida y mi tío salió corriendo como alma que lleva el diablo, rompiendo todo lo que encontraba a su paso, gritando y amenazando a todos los que querían calmarlo.

Primero, la gente pensaba que eran “diablos azules”, es decir un ataque de ira desenfrenada, pero luego se atemorizaron porque su locura se agravó tanto, que sus hermanos decidieron encerrarlo en un cuarto, no sin antes encadenarlo y darle tranquilizantes.

La habitación del tío tenía una pequeña ventana que daba a la calle principal y desde allí se le veía prisionero y cabizbajo. A veces sonriente y recostado en una tarima.

Ese día, mis amigos y yo nos acercamos temerosos a la ventana. Mi tío estaba allí con una camisa blanca y unos pantalones grises, calmado y sonriente. Nos vio,

se acercó a la ventana y nos mostró sus cadenas. Cuál sería nuestra sorpresa al verlo mover sus manos tan hábilmente para quitárselas.

-¡Corran!, gritamos todos, pero nos detuvimos por la curiosidad y al recordar que la puerta de la habitación tenía llave. Nos acercamos nuevamente y ya estaba sentado en la tarima con un gato plomo de rayas negras en sus piernas.

Mi tío Pedro se sonreía y nos mostraba cómo acariciaba suavemente y jugaba con las extremidades del animal y ¡qué increíble! Parecía haber desarmado con los dedos al indefenso gatito hasta que quedó como una alfombra tirado en el suelo, parecía muerto. Eso creíamos mis amigas y yo y empezamos a tirar piedras por la ventana y a gritarle ¡Malvado! ¡Viejo asesino de gatos! Mi tío reía a carcajadas y sostenía la barriga, luego se calmó y empezó a armar al gato con una habilidad única y el gatito empezó a moverse y, finalmente, salió caminando.

En el pueblo se comentaba que había sido huesero y tenía mucha destreza en sus manos. Después de unos meses lo trajeron al “Larco Herrera”, donde estuvo muchos años, incluso fui a visitarlo alguna vez con mis hermanas.

Al cabo de veinte años, mi tío regresó a su pueblo, recuperado, con un tratamiento sedante y siguió componiendo los huesos de quienes lo solicitaban. Se hizo famoso en el norte por estas habilidades que después heredó a su hija. De muchos lugares acuden a componerse las fracturas, esguinces, etc. porque, según dice mi prima, también tiene “manos benditas”.

Después de este cuento no pude dormir.

Los caminos de Santiago

Hoy 16 de abril, que escribo estas líneas en que se conmemora la muerte del vate peruano César Vallejo, viene a mi memoria mi viaje a Santiago de Chuco, departamento de la Libertad y que hice hace tres años con Juan Carlos Ríos, mi profesor de Literatura, con Felicia Del Solar, Carlos Araujo, Lidia Correa y el amigo Sergio Valle, amante apasionado de la poesía del poeta y que, lamentablemente, ya no está entre nosotros.

Son inolvidables esos caminos, que atravesamos colmados de naturaleza y cielo azul y que me dejaron colmada la curiosidad que tuve siempre por conocer la tierra de mi padre. Cómo me dejó impregnada de una sensación de plenitud, el recorrer las habitaciones de la casa donde había nacido y vivido nuestro “cholo universal”, el poeta César Vallejo Mendoza.

Y no podía ser de otro modo, las montañas escarpadas, los manantiales de agua clara, los sinuosos senderos, el cielo despejado, la lluvia copiosa, las ovejas del camino, las flores perfumadas y todo el paisaje respiraban poesía. Me llené de gloria al pensar que esos dos seres a los que tanto admiro, mi padre y César Vallejo, hayan respirado en su infancia esa poesía que posee Santiago de Chuco, el pueblo que los vio nacer.

En el camino iba recordando aquellos versos donde están presentes los senderos de Santiago “Adiós hermanos sanpedros” o aquella que dice: “Arriero, vas fabulosamente vidriado de sudor”. “Arriero, con tu poncho colorado te alejas, saboreando el romance peruano de tu coca”. Estas emociones primeras que expresa el poeta en su juventud y en su pueblo, las sentí en esos días que recorrimos los caminos de Santiago de Chuco, y estos versos me invitan nuevamente a arrullarme y a soñar con ellos.

Cuando visitamos la casa de César Vallejo, ahora remodelada, pensaba también en los versos:

” Y mi madre pasea allá en los huertos, saboreando un sabor ya sin sabor... Hay soledad en el hogar ya sin bulla, y si hay algo quebrado en esta tarde, y que baja y que cruje, son dos viejos caminos blancos, curvos, por ellos va mi corazón a pie ”.

Es por eso, y guiada también por mi corazón, que fui al encuentro del eterno Santiago de Chuco, donde recordé con alegría a mi padre y me regocijé transitando los caminos que tanto él como el poeta recorrieron siendo niños. Son emociones que nunca olvidaré.

Un cuento triste

Carmen y Celeste eran dos hermanas jóvenes, hermosas, hijas de familia de mediana clase. Ellas ayudaban a sus padres a trabajar en una gran tienda de barrio, donde los vecinos preferían comprar porque encontraban desde una aguja hasta una camisa.

No era la época de los supermercados gigantes, eran los años en que los pueblos más o menos importantes de nuestro barrio tenían su plaza de armas, su iglesia, municipalidad y mercado. En los alrededores, existían las bodegas que abastecían a los barrios aledaños. El tendero/a era el personaje más conocido/a del barrio y la bodega era el lugar preferido de los niños que gustosos hacían el mandado por quedarse con el vuelto o la yapa.

En una de esas bodegas atendían por turno Carmen y Celeste, para aligerar la labor de sus padres ya mayores. Celeste parecía una campanita por lo alegre que era. Había sido privilegiada con una voz melodiosa para el canto, era linda y de rostro angelical y cada vez que cruzaba la calle, arrancaba piropos que ella desdeñaba.

Carmen era más bien seria, aunque tenía una preciosa voz también, no era tan agraciada como su hermana, sin embargo, fea no era, muy hacendosa y hogareña, tejía maravillosas piezas fina y delicadas, amaba sus plantas y cantar.

Vicente Gil era un chofer mal encarado, moreno, acholado y robusto. Siempre estuvo enamorado de Celeste y la acosaba cada vez que podía, prometiéndole matrimonio, a lo que ella se negaba rotundamente y se burlaba de sus pretensiones. Él se consolaba contándole a Carmen los desprecios de su hermana. Eran tan frecuentes los desplantes que ella le hacía, que se sentía humillado y fue creciendo en este hombre, el odio y el deseo de venganza.

Cierto día, Vicente llegó a la tienda, encontró a Carmen en su trabajo diario y empezó con su letanía de lamentos. Carmen lo escuchaba pacientemente y

trataba de distraerlo conversándole de cualquier cosa, para no seguir escuchando sus quejas. Vicente, entonces le ofreció una gaseosa y cómo ya estaba tomando la suya, Carmen se dirigió a buscar la otra para ella, pero un cliente interrumpió la charla y tuvo que atenderlo...

Carmen despertó en una casa oscura, destantalada, sucia y en un catre viejo. Toda aturdida se levantó y vio sangre en la sábana, se dio cuenta que fue violada y horrorizada se vistió y se dirigió a la puerta, la que estaba con una cadena con candado. Su verdugo la había dejado encerrada.

Sus padres, pensaron que había fugado con algún enamorado porque les dijeron que la vieron subir en un auto con Vicente. Ellos sufrieron amargamente durante tres días por no tener noticias de su hija, hasta que los vecinos les informaron del lugar donde se encontraba su hija, encerrada y maltratada por este hombre, quien le repetía: ¡Tú me pagarás lo que me ha hecho tu hermana! ¡Qué se ha creído?

El padre de Carmen se dirigió al lugar acompañado de las autoridades, a rescatar a su hija. La policía hizo que Vicente abriera la puerta y allí encontraron a Carmen avergonzada, llorosa, desgarrada de su vestido. La policía lo acusó de secuestro y violación y se lo llevó esposado. Vicente, al verse perdido, prometió al padre casarse con Carmen y reparar su honra.

Todo se arregló para que se casaran a pesar del rechazo de Carmen. Sin embargo, importaba más el nombre y la honra de las familias. Ella respetó la autoridad del padre y llegó el día de la boda civil en la municipalidad. El alcalde los casó, pero apenas terminó la ceremonia, la muchacha se arrodilló ante sus padres y les dijo que, de ahora en adelante, se convertiría en la hija más fiel y nunca se apartaría de ellos y prometió no salir jamás de la casa. Su llanto era tan desgarrador y desesperado que los padres aceptaron, a pesar de las protestas de Vicente.

Carmen partió con sus padres y siguió siendo la mujer trabajadora y amorosa de siempre. Nunca salió a la calle y convirtió su casa en un convento, sin embargo, cada vez que la visitaba, cantaba feliz conmigo y me pedía que le enseñara canciones nuevas. Nunca se arrepintió de su decisión.

Nuestra casa

Te quedaste tan sola con tus lejanos recuerdos, te quedaste triste con la melancolía de los años compartidos cobijando nuestras vidas, nuestros sueños.

Era la casa de los amados padres. Allí están hasta hoy sus afanes, su esfuerzo. Allí plantaron sus raíces, crecieron sus hijos, nacieron sus nietos. Era nuestra humilde casa, hospitalaria, abrigadora, llena de risas y de llantos quizá, alegrías, tristezas y esperanzas. Allí quedaron los ecos de las dulces canciones de mi madre, los aplausos de mi padre y las notas de la guitarra de mi hermano.

No mereces estar vacía ni desolada, pues allí fuimos felices. Ellos con su trabajo pusieron sus cimientos de amor, con sacrificio. Éramos dichosos cuando pintábamos tus muros para que te veas linda y reluciente. Cuando veíamos florecer nuestras plantas, corretear a nuestros hijos por sus patios o hacer sus tareas.

Te asolaron los vientos, y la tormentosa lluvia inundó tus cuartos, pero sigues allí esperando y llorando por los que partieron. Sigues allí, paciente y solitaria, esperando que alguien la visite como a un santuario en homenaje a sus muertos.

Los viejos

A mis padres, Carlos y Ero

Los robles se fueron
por otro camino,
se fueron despacio
hacia otro confin.
Alumbraron mi vida
como yo la quería,
me dieron su sombra,
su fuerza y su amor.
Su savia valiosa
colmó mi esperanza
y sus ramas me fueron
sostén y plegaria.

Cuando fueron viejos
se cubrieron de blanco,
sabían que pronto
se irían de mí.
Su adiós me entristece,
su fin me acongoja
y hoy los recuerdo
con tanta nostalgia,
con tanto llanto y dolor,
que quiero encontrarlos
allá arriba... con Dios.

Los ojos de mi madre

En esos pozos profundos y serenos,
encontré todo lo que buscaba para mí.
Fueron las ventanas abiertas de la ternura,
fueron los lagos transparentes del amor,
fueron los cristales de la alegría y la razón.
Encontré allí mis anhelos, mis sueños,
aprendí a entender al pobre, al humilde,
a orientar y enseñar al que no sabe.
En esos ojos eternos encontré la esperanza,
la amistad, la sonrisa cómplice, la verdad.
Esos ojos me enseñaron a tratar con amor
al necesitado, al de corazón sincero,
a comprender.

Me enseñaron a mirar al otro con atención,
A amar a Dios, al prójimo, a los hijos,
al amigo y a toda la humanidad,
a socorrer al enfermo, al viajero.
En tus ojos estaba toda la sabiduría
que tanto ansiaba para mí.
Soy lo que tus ojos me enseñaron a ser,
y hoy, recordando esa inolvidable mirada,
agradezco a Dios, por el regalo de Mamá.

Primavera

Primavera del amor,
de la vida y de los sueños.
Primavera que cantas tus colores
en los campos y praderas.
Primavera de los recuerdos,
de paseos y reinados.
Sigue abriendo tu puerta
para vivir con alegría.

También vives primavera
en el encierro,
porque te llevo dentro.
Primavera,
porque tengo vida,
porque sueño y me levanto
cada día,
porque la sonrisa del sol
y de las flores,
me hablan de Dios, del hermano,
del amigo, de mi madre,
de los hijos y los nietos.
Se me olvida la tristeza
y se me ensancha el corazón.
¡Bienvenida, Primavera!

HUELLAS

Gabriela Sibille Chiong

*A Gladys y Fernando, mis queridos padres,
que me enseñaron a encontrar luz,
donde había oscuridad.*

Lo que me trajo el río

En 1990, trabajaba como fotógrafa, estaba llena de entusiasmo por mi profesión y con muchas ganas de ver el mundo. En diciembre, fui parte de un equipo enviado por una ONG a un evento por Navidad a Iquitos. Me sentía muy emocionada porque nunca había visitado la selva. La idea era llevar juguetes al barrio de Belén, al que solo conocía en fotos.

Provista de lo necesario, ropa ligera, repelente para mosquitos y algún protector por si llovía, me embarqué en el avión. En menos de una hora, miraba maravillada por la ventana, la selva, que semejaba una alfombra verde, infinita y atrayente. Los ríos se dibujaban sobre ella como unos cordones plateados, que la envolvían formando eses de diferentes tamaños.

Al llegar, me impresionó la densidad del aire, húmedo, pegajoso y el calor agobiante tan diferente al de Lima. Esa misma mañana llegamos al local donde sería el evento. Era un colegio de primaria cercano al río Itaya.

La actividad estaba a punto de comenzar cuando entramos al pequeño patio escolar. Calculé que debía haber unos cien alumnos de edades diversas, pero que no pasarían de los doce años. Algunos profesores y personal de la ONG trataban de poner orden en el intenso griterío. Los niños estaban muy emocionados por la gran cantidad de juguetes expuestos. Había muñecas, autos, trenes eléctricos, pelotas multicolores, rompecabezas, palitroques, etc. En vez del chocolate tradicional, les ofrecían Inka Kola, debido al calor, de los grandes trozos de panetón, salía ese aroma peculiar de nuestra Navidad. Calmado el barullo y después de breves palabras alusivas a la fiesta, comenzó el reparto de juguetes.

Empecé a trabajar. Me esforzaba en capturar con mi lente, la alegría en esos rostros infantiles, las miradas incrédulas al recibir los regalos, el alborozo

que se producía cada vez que se acercaban a buscarlos, algunos se lanzaban apresuradamente, casi corriendo, otros, más tímidos caminaban despacio, como disfrutando el momento. El olor a juguetes nuevos me hacía recordar mi infancia.

En eso estaba, cuando detrás de todo el grupo, divisé a una niña solitaria, con la mano bajo el mentón, sentada en la escalinata de una de las puertas de un aula. Dirigí mi cámara hacia ella y al enfocarla, noté que su mirada parecía ajena a lo que le rodeaba. Seguí con mi trabajo, pero de rato en rato, volvía a mirar hacia la niña que continuaba en la misma posición. La repartición de juguetes ya casi terminaba y ella no mostraba interés. Decidí acercarme.

-¡Hola! -saludé.

-Hola, señorita -me respondió educadamente.

-Me llamo Laura, y tú, ¿cómo te llamas?

-Soy Rosalía.

-Y... ¿no vas a buscar tu regalo?

-No, no lo quiero.

-Y, ¿por qué? -,dije con curiosidad.

-No hay lo que yo quisiera.

-Y, ¿qué es eso?

-Quisiera un libro, ¡no hay libros! -dijo con un gesto de desánimo.

Recordé los juguetes y efectivamente, no había visto libros ni siquiera el más pequeño cuento, un error increíble.

-¿Y qué libro quisieras?

-Cualquier libro, quisiera leer.

Me agradó tanto su respuesta, que seguí hablando con ella: Rosalía Tamayo, tenía nueve años y vivía al borde del río. Le pregunté cómo llegar a su casa

para llevarle un libro. Cuando se lo dije, me miró como si no me creyera, pero, siempre muy educada, me dio las indicaciones y, luego, se despidió apurada.

Esa tarde, recorrí la ciudad, que se encuentra muy cerca del río, paseaba y buscaba el libro apropiado para ella. Conseguí *El Principito*, *El Caballero Carmelo*, *Mi planta naranja lima* y una versión simplificada de *Mujercitas*. Contenta con mi compra, me dormí esa noche entusiasmada, imaginando su alegría.

A la mañana siguiente, muy temprano, ya que debíamos regresar a Lima por la tarde, le pedí a uno de mis colegas que me acompañara donde Rosalía. Dejamos nuestros equipos porque nos dijeron que esa zona era un poco peligrosa.

El barrio de Belén me impactó, se encuentra a orillas del río Itaya, que desemboca en el gigantesco Amazonas. Me enteré que lo llamaban “La Venecia Peruana” porque entre enero y junio se inunda y la gente se transporta en unas embarcaciones llamadas “lleva-lleva”. En esta época, los niños van a la escuela como pueden, a veces flotando dentro de tinas de plástico. Cuando no se inunda, la gente se transporta en mototaxi o en motos, casi no se ven autos en Iquitos.

Nosotros quisimos ir por el río para conocer y, como era diciembre, temporada seca, vimos grandes cantidades de basura al descubierto en sus orillas. El hombre que nos llevaba en la pequeña embarcación nos contó que las viviendas son de madera para que floten en las subidas del río, y que los techos de calamina a veces eran arrancados por algún viento furioso. Nos mostró que no hay alcantarillado, las letrinas están sobre el río. Había gente lavando ropa, aseándose y niños jugando en el agua, con esa envidiable y despreocupada alegría infantil. Pude imaginarme, fácilmente, la cantidad de enfermedades a las que estaban expuestos. Incluso, navegando, a nosotros se nos hacía difícil respirar.

Al fin llegamos a la casa de Rosalía, fue fácil localizarla porque allí todos se conocen. Era temprano, la niña, con el oscuro cabello suelto, nos recibió sorprendida. Estaba cuidando a sus dos hermanitos menores, que tenían la piel del mismo color amarillo verdoso que su hermana, los vientres hinchados y el cuerpecito flaco.

La casa era solo un ambiente, sobre una pequeña mesa quedaban restos mordisqueados de yuca sancochados y, moscas volaban sobre dos vasos.

La niña, con timidez, me ofreció el único banquito que había, donde me senté mientras me esforzaba por disimular mi asombro. Al movernos, se acentuaba el olor a madera húmeda y un sonido como de grillos en la noche. Ella me contó que vivían solo con su madre, que estaba trabajando en el mercado y que su padre había ido a Lima por un salario mejor. Mientras me hablaba, no dejaba de mirar el paquete entre mis manos, y que, sin darme cuenta no le había entregado aún.

–Toma Rosalía, esto es para ti, ¿recuerdas lo que te prometí? –recién entonces la vi sonreír. Sus dientes pequeñitos, parejos, no coincidían con su boca grande. Tomó el paquete entre sus manitos delgadas mientras mi colega y yo mirábamos conmovidos su emoción.

Durante algunos años, continué enviándole libros a Rosalía, quien me contaba sus progresos en la escuela. Ella era muy buena estudiante, y terminó su secundaria sin problemas. Luego, comencé a viajar mucho por mi trabajo y lo último que supe de ella fue que obtuvo una beca 18, para estudiar en España.

Me casé, tuve hijos y la vida me envolvió como a todo el mundo. Los años pasaron sin que volviera a saber de Rosalía.

Esta mañana, estaba chateando con mi nieto mayor, cuando llamaron a mi puerta.

Un mensajero de DHL me entregó un paquete. Venía de España y lo enviaba Rosalía T.

Era un libro, una novela con una carátula en distintos tonos de color verde, donde se adivinaban unos ojos: *Lo que me trajo el río*, de Rosalía Tamayo.

Temblando de emoción, leí la primera página: “A Laura S., que desplegó mis alas”.

Santos Cándido

Son las seis y veinte de la tarde, Santos Cándido apaga la computadora donde ha trabajado casi todo el día, se levanta de la silla y estira sus brazos con delicia hacia arriba y los hombros hacia atrás. Se dirige al baño y se lava las manos suavemente, casi acariciándolas, como un preciado tesoro. Se quita los gruesos anteojos, y el espejo le revela, en el fondo de sus ojos negros, la mirada desnuda de niño asustado. Con las manos mojadas, humedece sus rizos rebeldes que siempre trata de estirar. Luego, sin apuro, guarda el táper del almuerzo en su mochila, y sale. Casi siempre, come lo mismo: ensalada con papas y zanahoria, huevo duro y milanesa de pollo. De vez en cuando, alguna variación en la ensalada.

La oficina está casi vacía, solo queda la secretaria del jefe que se encarga de cerrar.

–Ya me voy, señora Gloria, hasta mañana–.

Ella le dedica una sonrisa y le hace adiós con la mano.

La oficina de informática queda en un tercer piso, sin ascensor.

El joven baja las escaleras con parsimonia, como si contara los escalones. Al llegar al primer piso, se encuentra con algunos compañeros de trabajo que están reunidos conversando.

–¡Chau, Santitos, hasta mañana! –se despiden.

Santos Cándido les sonríe mostrando sus dientes grandes y blancos. Tiene casi cuarenta años y sufre del síndrome de Asperger, pero su habilidad prodigiosa con los números, su memoria increíble, su talento para la informática lo han convertido en alguien popular y querido en la oficina. Luego, sale del edificio

hacia el paradero del bus. Camina ligeramente encorvado, es muy alto, algo grueso y viste siempre del mismo color azul, en todos los tonos posibles que encuentre, no hay manera de hacerlo cambiar de opinión.

Santitos, como le dicen todos, vive con sus padres. Es el último hijo de una pareja de profesores de primaria, ahora ya jubilados, fue concebido cercano a la menopausia de la madre. Tiene dos hermanas mayores casadas que hasta ahora lo miman.

Cuando nació el tan esperado y buscado hijo varón de los profesores, surgió el tema del nombre. Cada quién quería utilizar el de los abuelos. El abuelo de la madre se llamaba Santos y el de don Joaquín, Cándido. Doña Aurelia, mujer de gran carácter, se negaba a ponerle Cándido e hizo lo que pudo para evitarlo, pero, agotada por el alumbramiento, acabó por ceder y se lo puso como segundo nombre, para poner punto final a la discusión.

Cuando el niño empezó a crecer, la madre notó que su hijo tenía alguna dificultad para hablar, era muy poco sociable, disfrutaba la soledad y hacía berrinches frecuentes cuando no obtenía lo que deseaba.

Entonces, ella, como profesora de tantos años, tomó conciencia que su hijo necesitaba ayuda y, sin dudarle, buscó especialistas. Cuando el diagnóstico fue definitivo: "Asperger moderado", no lo tomó a lo trágico, sino que se puso a investigar y encontró que esa clase de autismo se podía tratar con bastante éxito. Era una batalla que ella no estaba decidida a perder. Más aún, porque siempre decía, medio en broma y medio en serio, que aquel hijo estaba protegido por sus ancestros. Buscó todas las terapias que pudo, por más caras que fueran, ajustó el presupuesto de la casa al máximo, y el niño logró acabar la secundaria sin problemas y, luego, estudiar Informática.

Son cerca de las siete de la noche. Santos Cándido está en el paradero, esforzando la vista para distinguir su bus, porque ya oscureció y el brillo de los autos lo ciega por momentos. Tiene la boca siempre algo entreabierta y el labio inferior le cuelga ligeramente.

Finalmente, aparece el microbús, es una de esas “cúster” grandes que abundan en la capital. El joven sube y nota que casi todos los asientos están ocupados. Con suerte, logra encontrar uno libre, junto a una chica, al lado del pasillo, porque sus piernas son demasiado largas y le dan problema de espacio. Además, respira con algo de rechazo el aire denso en el interior del bus, donde la cumbia es reina; mira su reloj con impaciencia y coloca la mochila sobre sus muslos. La chica sentada a su lado saca una bolsita de chifles y comienza a mordisquearlos con apetito. Santitos se quita los anteojos y los limpia, tratando de ignorar el olor a grasa y el ruidito incómodo en sus oídos. Vuelve a mirar su reloj.

De pronto, por encima de la cumbia, se escucha una voz fuerte:

–Buenas noches, señoras y señores. ¡Disculpen la interrupción, pero debo trabajar de alguna manera!

Es un hombre con disfraz de payaso, peluca verde, nariz roja y boca blanca, overol a cuadros de colores, las zapatillas muy sucias y viejas.

El payaso empieza su perorata tratando de hacer reír a la gente con sus ocurrencias. Todos le prestan atención, Santitos está encantado con esa presencia que le acorta el camino a casa y lo escucha con la boca más abierta que de costumbre. El payaso continúa hablando y explica que tiene algo para vender. Diciendo esto, mete la mano dentro del bolso que cuelga de su cuello y saca un revólver gritando:

–¡Esto es un asalto, todos quietos o los quemó!

Todo sucede tan rápido, que la gente demora en darse cuenta, pero unos segundos después, una mujer comienza a gritar y otros pasajeros se contagian del susto.

Santos Cándido pasa de la sonrisa a la mueca confusa. En su mente, las imágenes de la realidad se mezclan con las de la fantasía. Sin embargo, algo como una fuerza se activa en su interior y, en un gesto audaz e inesperado, se abalanza con todo su peso y su metro ochenta sobre el payaso que, sorprendido, suelta el arma

que rueda y la recoge temblando el cobrador. Santos domina al payaso como hacen los héroes en las series policiales que ve en la televisión. Otros pasajeros intervienen y ayudan a capturar al maleante.

En su casa, doña Aurelia comienza a inquietarse por la demora de su hijo. Él suele llegar siempre antes de las ocho y ya son más de las ocho y media. Da vueltas en la cocina para distraerse mientras, don Joaquín, en la salita, mira el noticiero en la televisión. De pronto, la profesora escucha la voz de su esposo:

-¡Viejita, viejita, ven, ven a ver, rápido! -don Joaquín la llama exaltado.

Ella llega corriendo al llamado y ve a su hijo en la televisión entrevistado por un reportero:

-Aquí tenemos al héroe de esta noche, el joven que se enfrentó solo a un delincuente armado.

-Señor, buenas noches, ¿cuál es su nombre para que los televidentes lo conozcan?

El rostro sonriente de Santitos aparece ocupando toda la pantalla:

-¡Santos Cándido!

La buganvilla y el jazmín

Lo que más me gustaba de mi casa estaba en la del vecino. Era una hermosa buganvilla de un color indefinido, algo entre rosa y morado, que crecía en el jardín de al lado y que llegaba hasta mi azotea. La llamé “mi generosa buganvilla ajena”.

Cuando subía por la escalera que llevaba a mi departamento, lo primero que veía era su brillante cabellera que me alegraba y parecía saludarme.

Todos los años, mucho antes de la primavera, ella se tornaba bella, se llenaba de color y, viendo mi sonrisa, comenzaba a hablarme. Hablábamos del amor, de la vida, de la muerte, y del tiempo que corre sin cesar, le contaba mis alegrías y mis penas, y, al escucharla, yo comprendía con más claridad el arte de vivir. Era entonces, cuando todo parecía encontrar su lugar.

Teniendo a mi amiga como un hermoso testigo, los años fueron deslizándose con primaveras inolvidables, mis hijos se convirtieron en adultos y mis canas comenzaron a brotar. El tiempo, del que tanto hablábamos, nos alcanzaba.

Hasta que un día, esperé en vano, yo subía, la observaba y... nada, ella no hablaba.

Finalmente, llegó septiembre y con él, la primavera, mi buganvilla, floreció.

Sin embargo, había algo en ella que no era como todos los años: era una tristeza, un vacío, un silencio. La observé una y otra vez sintiendo la misma sensación, esperando mi ración de sonrisas. Inútil espera.

Así pasaron los días y me inquietaba sin encontrar respuesta a su silencio. Hasta que, finalmente, recordando, me di cuenta la razón de su pena, por qué frente a ella yo sentía soledad.

El verano pasado, había partido su compañero de muchos años: un hermoso jazmín, enorme y fragante que vivía a su lado, repartiendo perfume como un caballero galante.

Un mediodía, durante el verano, estábamos a punto de almorzar, cuando escuchamos un gran ruido en la casa de al lado. Subimos presurosos y vimos que el hermoso jazmín se había desplomado aparatosamente. Su tronco añoso, no resistió la fuerza de su peso y lo venció, cayó fulminado como por un infarto masivo. Más tarde, vimos, con pena, que vinieron a cortarlo. En ese momento, no reparé, en mi egoísmo, que aquel jazmín era el compañero de mi querida amiga.

El tiempo pasó y al año siguiente, ella comenzó a secarse y, luego, se fue secando más y más, hasta que desapareció para siempre.

¡Cuánto tiempo compartido, cuántas primaveras floreando juntos, cuántos inviernos acompañándose! No tuve dudas del amor entre ellos, reconocí el dolor cuando se pierde al amante.

Mi querida buganvilla ajena, extraño las sonrisas que me brotaban al verte, nuestras charlas sin palabras, tus sabios consejos, tu maravilloso color inexplicable.

Y quiero contarte que, donde estaba tu compañero, está creciendo un joven y bello jazmín.

Falta mucho aún para que llegue a mí.

Pequeña “Quijote”

Te imagino a veces, sentada en tu alcoba,
sintiéndote triste o quizás muy sola,
tejiendo recuerdos, hilvanando penas,
como antes cosías, trajes a tus nenas.

Bajo un chal de estrellas,
bordas pensamientos,
como hilos de oro, son tus sentimientos.
¡Ay que, si pudieras remediar el mundo!
con tus propias manos, cavarías profundo.

Pequeña “Quijote”, siempre diste tanto,
abriste los brazos, escondiste el llanto.
El tiempo en tu carne, fue dejando heridas,
y al jardín de tu alma, ilusiones idas.

¡Tantas, tantas cosas, tú nos enseñaste!
la fuerza, el valor, mirar adelante,
la serenidad, la alegría de dar!
Pero... sobre todo, sobre todo Madre.
yo de ti aprendí... la palabra Amar

A mi Madre

Algo dentro de mi murió con tu partida,
la voz que me cantaba rimas se ha escondido,
y viajo en un tren desconocido
mitad en vigilia y mitad dormida.

Nunca pinté tu ausencia,
estabas aquí y eras todo,
y aún ahora de algún modo,
mucho de ti vive en mi esencia.
Sé que este camino es obligado,
y aprieto la quijada y sigo fuerte,
más cuando pienso en no volver a verte,
el mundo me parece desolado.
Hablo y hablo contigo como antaño,
te encuentro en el café de la mañana
en tu retrato junto a la ventana,
él debe saber cuánto te extraño.

Tal vez un día voy a despertar
y al darme cuenta de que ya te has ido,
soñaré con aquel paraíso prometido,
donde dicen... te volveré a encontrar.

HUELLAS

Raquel Soto De Los Reyes

*A Luis,
cómplice de mis sueños*

La dama de nácar

“Insensato y maligno este capitán Hernández ¿Por qué matar a una mujer tan bella? ¡Qué desperdicio! ¡No es un hombre, es un animal!”, pensó Ávila.

“En cambio, ahora que ya es mía, le estoy enseñando quién manda ¡No la escucho! ¡No la obedezco!”, se repitió triunfante. Al fin, siquiera una vez, se había resistido a su mandato y saboreó esa rebeldía con una sonrisa. Se decía, entre rabioso y resignado:

“Desde que la conocí quedé cautivado. El cañón negro y reluciente y, esa su cacha de nácar coralino, se clavaron para siempre en mi retina. Cuando la acaricé por primera vez, sentí su enigmática frialdad y supe que jamás me podría separar de ella. Entonces, gravé mi nombre sobre su límpida superficie” ¿Será así el amor?

Había nacido entre los deseos del arma y el oficial una especie de mística alianza. Quizá fue una extraña pasión incontenible, que poco a poco se convirtió en obediencia ciega. Lo que vino después fue sencillo: si ella quería matar, mataba; si solo era para herir o hacer sufrir, el disparo era preciso. Pronto se adelantó a los pensamientos del soldado y en combate mutilaba, esparcía miembros o silenciaba y él, la comprendía y alentaba.

–¡Qué soldado! ¡Qué puntería la del teniente Remigio Ávila! Sus prácticas de tiro son perfectas y si está en batalla jamás le tiembla la mano. Con él, el triunfo es nuestro, no falla un tiro –murmuraba la tropa y, sospechando que aquel hombre no podía ser tan perfecto y que el arma era el secreto, se decían codiciosamente:

“El artífice es ella... si yo tuviera esa pistola”.

Primer puesto Concurso de Cuentos 2018 del Colegio Médico del Perú.

Pero aquel hombre la amaba, los ojos se le llenaban de ternura cuando reflexionaba:

“En las noches no puedo dejar de limpiarla, la engraso y pronto su suave y gélida superficie calma mi espíritu atormentado, recién entonces puedo dormir. Sé que también me necesita. Ya no estoy solo”.

Ávila estaba fascinado, atento a cada una de sus insinuaciones, a sus más leves cambios de temperatura, a cada celaje del coral... No permitía que ni una brizna de pólvora mancillara aquella glacial superficie, así que la limpiaba prolijamente. Le compró, una funda de badana suave y tibia para abrigo de ese frío que parecía nacerle de adentro. Vivía para cada uno de sus caprichos, para sus cambios de humor:

“Hace varios días que está intranquila, tiembla y se estremece. Ahora, también debo sacarla en las madrugadas y persigue y derriba a indios emboscados entre los molles. Las mujeres, con sus polleras al viento yendo a la faena, son su blanco preferido, caen las pobres como frutos maduros. Recién, entonces, mi pequeña encuentra paz y puedo llevarla de vuelta a la barraca”.

Mas aquel amanecer, no habían podido encontrar sombras furtivas ni siquiera un zorro o alguna perezosa lechuza: todo estaba sereno, silencioso, la luna alumbraba el campo por doquier y miles de estrellas se apretaban en el cielo. Por eso, furiosa, se agitaba en la funda y peleaba entre los dedos del joven para escapar. “Su aliento candente me quema la mano, tengo que dejarla libre. Pero ahora no puedo, se ha prendido de mi índice... Solo le interesa mi índice”.

Nunca la había visto así, pensó que su pasión por ella lo había enceguecido y no se lo podía permitir. Quiso mostrarle quien mandaba, pero la voz se le hizo un hilo y fue solo un tierno susurro:

“¡Tranquila, belleza! ¡Cálmate! Mira, preciosa, estoy muy cansado. Apenas lleguemos, te voy a limpiar y mimar como nunca, pero cálmate. Así como estás no vamos a regresar al cuartel, no podremos ocultar tus travesuras y seré la burla de todos. ¡Ya estamos muy cerca!”.

Tuvo que sacarla de la cartuchera, temblaba iracunda. Entonces cedió:

“Buscaremos ahora algo tierno para ti. El corneta que avistamos ayer, ¿recuerdas? No debe de haber llegado aún a los quince años, sí, lo encontraremos. Tal vez mejor al capellán, ha hecho muchas preguntas y no deja de mirarte”, le recordó sombrío. Fue inútil, entonces, no sabiendo ya cómo calmarla la llevó hasta sus labios y la besó apasionadamente. La superficie de nácar siempre gélida, ardía.

De pronto, ¡bam!, un tiro seco y breve estremeció la quietud de la noche.

–¡Alto! ¡Alto! ¿Quién vive? –preguntó nervioso el recluta de guardia cargando su arma.

No hubo respuesta, buscó en campo abierto... nada. Luego, buscó entre las tapias y los matorrales que rodeaban el campamento y al fin lo encontró. El teniente Remigio Ávila, “Tiro Fijo”, orgullo de su batallón y terror de los Andes, yacía entre las zarzas muerto de un tiro en la boca.

Presuroso y mirando a todos lados, el soldado guardó sigilosamente la codiciada pistola que aquella noche, brillaba como nunca. Y así, de mano en mano... siguió matando.

La ramita de perejil

Rosaura y Francisco apenas podían correr y ya, tomados de la mano, iban hasta el riachuelo a jugar con las piedrecitas de colores y los renacuajos, que molestos escapaban de sus manos.

Así los niños, crecieron y pronto a él lo enamoraron el alma cristalina de la niña, esos sus ojos de gacela y su asombrosa rebeldía. Saltaba sobre los peñascos del camino, como los muchachos y jamás caía, tenía respuestas para todo y si las solteras usaban flores de colores atadas a las cintas de sus viejos sombreros marrón de fieltro, ella, se ponía solo una solitaria y muy verde ramita de perejil.

Eran apenas unos adolescentes cuando se amaron entre el ichu.

Una mañana luminosa llegó la patria y les dijo que su fértil tierra, las cristalinas aguas del riachuelo, los nevados y hasta el sol que les calentaba le pertenecían. Francisco maravillado y agradecido, se sintió obligado y partió tras ella.

Pero una noche artera, oscura, que llovía y los truenos y relámpagos rompían el cielo, regresó la patria al pueblo y al grito de:

“¡Mueran, terrucos!” pasó a cuchillo a todos los que encontró, porque decía que no gastaba plomo en basura.

Después de algunos años, volvió Francisco a su terruño una tarde tranquila, traía el alma vieja. No había sembradío ni animales que mugieran en los corrales, ni niños que corrieran a jugar con las piedrecitas de colores del riachuelo.

Le contaron afligidos, los pocos ancianos sobrevivientes, que la patria los había castigado.

“¿Castigado?, pero ¿por qué?” preguntó extrañado. Y no hubo respuestas en aquellos rostros perplejos.

Buscó a Rosaura y la encontró, cubierta por dos metros de su fértil tierra e incrustada sobre ella, una solitaria cruz de molle con su nombre. El muchacho lloró a pesar de la vejez de su alma, lloró y lloró tanto, que apenas sintió una voz a sus espaldas que le susurraba:

“Taita, taitita”, y entonces la vio, tendría unos cinco años, ojos de gacela y una rebelde ramita de perejil sujeta a la cinta marrón de su sombrero de fieltro.

Jacinta y sus siete polleras

La provincia estaba siendo asolada; el botín: comida y mujeres. Por eso, Anunciación, la abuela, con el corazón hecho un puño, le ordenó:

–Ándati con tu hermanito y el viejo. Llívate tudo el púshpo y las cachipas. Ya sabis, las midias di lana, las más gruisas sun para il Casimiro. Il pobre chico siempre si mi lo tuerce dil frío.

El viejo y los niños partieron. La Jacinta iba por delante. Sus piernas de catorce años, fuertes y ágiles treparon el cerro como las de una cabra; y su cintura núbil, cimbreante, ondeó airosa en aquellas alturas. La alforja que cargaba al hombro y el bulto de la lliclla casi no se movían. Antes de aprender a caminar ya le habían enseñado a cuidar la carga. Gente de la comunidad le había dicho a la anciana que el “Taita”, el coronel Cáceres, estaba cerca de las alturas de Tocto y los protegería.

“Allí estarán a salvo”, pensó la mujer.

Los viajeros tomaron el camino de la puna, entre el escaso ichu y la soledad, sendero que muchas veces habían pisado. Esquivaron la gran Pampa de Cangallo, demasiado verde, demasiado ubérrima, demasiado bella. Seguro, allí estaba el enemigo.

Cercana era ya la noche cuando, a lo lejos, una nube de polvo vino a su encuentro. Se estremecieron, la paja no era tan alta como para esconderlos. Casimiro apenas caminaba y el abuelo, tan anciano, no lo podía cargar. Estaban a merced de los soldados enemigos.

Súbitamente, aparecieron jugueteando con el viento las cabezas de diez llamas, una tras otra. Los cascabeles y sus adornos rojos, añiles y amarillos los calmaron.

--

Eran los colores de su comunidad que se dejaron ver para desvanecer el miedo y la gris monotonía del yermo.

–¡Son de Hualla, papai! ¡Son de Hualla! –gritó la niña y en sus ojos brunos se borró el temor.

–¿Qué hacen por acá? ¿No me digan que buscan al “Taita”? –era Hilario Cedrollo, un joven arriero de su pueblo que los miró extrañado.

–¿Cómo ti lo sabes? –preguntó Jacinta. El muchacho no le contestó.

–Los llevo –el joven sacó dos cajas de madera de una de las alforjas de la segunda llama y allí acomodó al pequeño. El animal se estremeció, pero lo leve de la carga lo tranquilizó–. Casi no pesas, tienes que comer más –le susurró, acomodándolo entre pellejos blancos y negros.

–¡Ya, Jacinta! ¡Vuélvete al pueblo! Dame la comida y regresa –ordenó secamente el arriero. Pero los ojos de Hilario, aquellos que tanto había esquivado Jacinta, se llenaron de ternura.

–¡Manan! Yo mi lo voy a la guirra –con las mejillas enrojecidas y la mirada perdida en la inmensidad del azul del cielo, la muchacha no se movió y le dijo:

–Ya mandas cumu misti.

–No sabes nada, hablas porque no sabes lo que es la guerra.

–Y tú, arriandu llamas y pillijos no más, qui puis me vas insiñar.

Hubo un largo silencio. Hilario acarició con el pensamiento las largas y negras trenzas de la niña y le dio la espalda. Luego, sentenció:

–Ella se queda, solo llevo a hombres.

Había aprendido a obedecer desde antes de nacer. Aquella voz varonil y resuelta era inapelable. Conteniendo las lágrimas le entregó la lliclla y la alforja; luego corrió ladera abajo agitando en el aire el poncho que él le diera. No pudo ver el brillo de las balas que el muchacho había acomodado en las cajas que

transportaban las otras llamas. ¿Quién hubiera podido sospechar que este humilde arriero era un “breñero”, encargado de la distribución del escaso y tan valioso armamento del ejército del “Taita”?

Llegó al pueblo cuando amanecía. El poncho de Hilario la había abrigado aquella helada noche y hasta había soñado con él. De pronto, el olor a muerte y humo le hirió las narices. Los techos de paja humeaban. Ventanas, mesas y sillas, hechas pedazos, adornaban las calles. Sobre la pila central de la única y humilde plaza del pueblo estaban los cuerpos desnudos y sin vida de las tías Tomasa y Candelaria. Como mármoles griegos, simbolizaban el horror y la barbarie de las horas vividas. Quiso cubrirlas con su poncho y quedó paralizada, flotando en las aguas ensangrentadas estaba la pequeña Felipa, su prima. La iglesia serrana, arrasada y con las puertas del sagrario arrancadas, era la imagen muda de la desolación. Silencio y muerte lo llenaban todo.

Corrió desesperada a su casa. En la puerta, la Diamela, degollada, aún tenía entre sus dientes un pedazo del uniforme enemigo. En la cocina, sobre el suelo, estaba el viejo sombrero de fieltro marrón de su abuela. Pero ella había desaparecido. El desorden era total. “¿Por qué?”, se preguntó, “si nada de valor tenemos”. Pero las cuatro gallinas, los cuyes, los quesillos y las mazorcas que dejara colgadas ya no estaban. No pudo siquiera llorar; el terror era ahora su dueño.

Escapó al sentir, a lo lejos risas extrañas. Las piernas le temblaban cuando, desesperada, tomó el único camino que le quedaba... el del acantilado, aquel que sabía la conduciría a la nada. No le importó, corrió sin parar. A sus espaldas, ráfagas de metralla llenaron la mañana. Aún sentía muy de cerca el rumor del enemigo cuando llegó al borde. Sin dudar un minuto, saltó.

El viento le dio fuertemente en la cara. Durante la vertiginosa velocidad de la caída sintió que se le iba la vida, pero sabía, que nada le podía quitar el alma y, así, consciente, se entregó a la muerte sin un grito.

De pronto, un tirón la partió en dos y no supo más... una de sus siete polleras multicolores se había enredado en el tronco de un molle que nacía airoso a mitad del barranco, y allí quedó prendida y temblando.

Pasaron lentas las horas. Alumbraba la luna y el viento le batía sus otras seis polleras, cuando la sacó atándola de la cintura con su chumpi. Los brazos fuertes de Hilario la sostuvieron en la subida mientras, con voz tierna, le llenaba los oídos:

-Niña tonta, ahora ya sabes, pues lo que es la guerra... y no soy misti.

Los niñitos de Fajardo

Los niñitos de mi canto
no sonríen ni alborotan,
cavan surcos en la tierra,
cargan agua de los ríos
y se mecen solitarios en las cumbres,
jugueteando con las punas y sus fríos.

Los niñitos de mi canto,
solo habitan las alturas,
entre cerros y quebradas,
con sus vientos y cañadas.
Se calientan con harapos,
corretean en el barro,
y se bañan con la lluvia
y se arrullan con sus llantos...

Los niñitos de mi canto
solo comen amarguras,
se amamantan del espanto,
de la sangre de sus madres,
de los sueños y la rabia
enmudecida de sus padres.

Los niños de mi canto son sin cuna,
sin pañales, sin futuro, sin fortuna.
Tosen mucho y sus carnes nunca crecen,
no hay sonajas, no hay vacunas,
no amanecen abrigados,
no se duermen con la luna.

Los niños de mi canto con las justas deletrean,
nada cuentan, nunca sueñan, no alardean,
solo danzan locamente melodías con la muerte
y se cansan y flaquean, y agonizan a su suerte.

Son sus lápidas las piedras
que se horadan con el viento,
y sus misas... son de llanto,
sus mortajas son,
de la cera de las velas
que les prenden a sus santos.

Víctor Fajardo, Ayacucho, 1992

A Víctor Incañaupa y otros niños

Historia clínica N.º 17

Tu historia clínica comienza
una Semana Santa infausta,
en las arenas infinitas de mi costa,
con dragones de fuego que cabalgan
signándote la frente con el nombre de la bestia.
A ti pobre niño de la vida corta.

Pequeño de la piel de costra,
ya llegan, ya vienen sonrientes
con su biblia y sus cristos tan dolientes,
y ya han roto inclementes tus espaldas
y los surcos de tus aillus florecientes.

Niño, el de las migas y olvido,
eres día de fiesta, de algazara,
de desenfreno abyecto, de locura
y danzan sobre tu sangre oscura,
dando de comer a sus perros
con tus sueños y hermosura.

Niño de los ojos negros,
ahora te arrullan con un cuento
que no es de hadas es de averno.

No te engañes, es celada,
es ardid del enemigo,
negociables, solo...
tus entrañas y tu abrigo.

Niño que no entenderás a Vallejo
hoy es trofeo de lujo tu extravío
y es tu carne, estadística y vitrina
de curiosos y de impíos.
Ellos quieren que nos dejes
que agonices sin lamentos
en tu Gólgota sombrío.

Niño débil y pequeño
que no llegarás al alba,
que no sentirás más frío,
que no escucharás cantando
a los pájaros ni al río,
que no entenderás porqué,
esta noche es Viernes Santo
y mañana... es el vacío.

Frente al retrato de mi padre

Mi padre nos mira con la frente erguida,
sus ojos, avellanas tiernas,
traspasan infinito el tiempo
y su risa, con la fe del siempre,
nos mitiga el miedo.

De su mano firme y mirando el cielo
pisamos arenas, subimos montañas
y en el vuelo sin fin de sus sueños,
navegamos ríos, vadeamos pantanos.

Cuando cabalga erguido en alazán brioso,
sombbrero de paja agitado al viento,
siempre al horizonte donde muere el sol,
nos lleva a mil mundos, sorteando aventuras,
estrellas lejanas, espumas de mar.

Su sombra no deja pasar el silencio,
ni el frío, ni el viento.
Le canta a la vida con guitarra tierna,
amor y alegrías que nos dan la calma.
Enciende la hoguera en la casa amada,
honor y esperanzas que endulzan el pan,
tibias ataduras que forjan el alma.

Si la mira... sonríen sus ojos,
la arrulla en sus brazos
la cuida, mimoso.
Mi madre orgullosa no pisa la tierra,
se hace etérea, se cubre de rosas,
y todos miramos perplejos y absortos
que se quieren tanto...

Al llegar la noche y el dolor arteros,
la muerte le tocó la frente,
no hubo llantos ni quejas, ni espanto
y el agua siguió llenando la fuente.
Y así, como fiel guerrero,
nos dejó sereno,
apoyado en el marco
de un viejo febrero.

Pero como Príamo vuelve
cuando las fatigas
nos llenan la vida,
y entonces...
no hay brumas ni miedo,
ni tiempo ajeno,
ya es tibia la tarde, ya anidan los pájaros,
maduran tiernos los sembradíos
y se abre el camino entre los abrojos...

Estampas en la cocina

Sobre la mesa tendida,
del pan, el olor a mantequilla,
y a mi madre tan hermosa,
engalanando la mesa,
sonrosadas las mejillas.

Ha dejado solitaria la guardilla
con sus telas, sus pinceles
y a las tierras de colores,
porque sabe que la esperan
mil aventuras ese día.

Ella siempre majestuosa,
nada turba su mirada,
y se ordenan obedientes
los chicos, las muchachas,
el aroma de las papas recién hechas,
el encanto de las salsas amarillas.
y los huevitos en rodajas.

Con las fuentes rebosantes,
en el búcaro, claveles
y en la mesa de arabescos
la porcelana fina...

Nuestro es el regocijo
y es de ella el sortilegio,
de una voz, que ríe y sueña.

No son hoy los mil recuerdos
ni era entonces la comida,
los que llenan la cocina.
Es comunión de nuestras almas
que no temen las distancias
ni a la muerte, ni a los tiempos
y... ni al polvo del olvido.

Soneto imperfecto a mamá

Nació entre perlas, como flor de palma,
como en abril, la brillante luna,
como la inocencia nace en la cuna,
como los lotos, en un río en calma.

En su piel de seda, no habían cadenas
ni en su armonía, tonada ajena,
orquídea y café, amor sin condenas.

Su voz con el tiempo, dulce y querida,
alejó al bártro y a sus circulares
y me llamó riendo, a reinventar la vida.

Y sin embargo su sombra me duele,
como el lucero del alba a la noche,
como la estrella fugaz que no vuelve.

Siempre te amaría

Si fueras caminante, mi camino te hallaría,
si tierra fueras, en tus entrañas
mi calor se guardaría.

Si fueras río, en tus recodos o radas estaría
jugueteando con los peces de colores.

Si viento fueras, a mi sueño envolverías
y con él, a tus más negras pesadillas perderías...
más allá del tiempo.

¿Y si fueras ocaso y yo mañana?,
¿sensatez y yo locura?,
¿inequidad y yo justicia?,
¿tú, vida, y yo muerte?
Siempre te amaría.

Y si siempre fueras niño
o, eternamente viejo,
quizá por fatal hado, ajeno,
por siempre te amaría.

Porque eres de mis días, la alborada,
de mi aciaga noche, luz de estrellas,
mi lucero en el infinito espacio,
de mi cansancio, oasis,
de mi tristeza, lágrimas,
de mi alegría, risas
y de mi soledad de poeta...
canto.

El médico, como cualquier ser humano, es sensible a la belleza, al amor y al dolor en cada episodio de su existencia. Estas pasiones se ven opacadas por la enorme responsabilidad de salvar vidas, razón de ser de nuestra vocación. Sin embargo, allí han estado y están, como soporte de cada uno de nuestros actos, esperando solo el momento de expresarse. La serenidad de los años maduros nos han abierto las puertas a ese mundo porque eso nos reclamaba el alma, para no sentirse traicionada.

En esta antología, miembros de nuestra orden y sus familiares hemos convertido en cuentos y poesías esa otra parte postergada de nuestras vidas. Ha sido recogida con entusiasmo en el ámbito de la amistad y por el amor a la palabra escrita. El crisol ha sido y es el Taller de Literatura del Centro del Adulto Mayor del Colegio Médico del Perú - EsSalud.



FONDO
EDITORIAL
COMUNICACIONAL